

Selección RNR



ENCARNA MAGÍN

Última Navidad  
en París



Romance Actual

Última Navidad en París

Encarna Magín



SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## CAPÍTULO 1

París era muchas cosas, todas ellas relacionadas con la belleza, los sueños, la fecundidad y la luz. Una ciudad que en un pasado muy lejano se relacionó con Isis, la diosa madre, la madre que ama sin reservas, la divina y la única capaz de iluminar en nosotros la bondad del alma. Por alguna razón, en la antigüedad, la capital francesa era conocida como «La casa de Isis». En la ancestral cultura egipcia, a dichos templos sagrados se los nombraba Per o Par, y París es la unión de Par e Isis. Así que París es un tributo al amor más puro y sincero; una emoción que va más allá de lo terrenal, pues quien ama de verdad toca el cielo con los dedos.

El ser humano puede sentir de muchas maneras, no todas ellas correctas, porque querer no es sinónimo de poseer. Solo si tal sentimiento nace en el corazón se puede nombrar como tal. ¿Quién no ha confundido amor con un enamoramiento caprichoso, que poco tiempo después se evapora sin que deje rastro, pues muchos aún no están preparados para entregarse sin reservas? París ha sido, es y será el único testimonio de muchas seducciones, pero, seguramente, también ha sido espectador de amores verdaderos; estos, más escasos.

No era el caso de Margot Buisson, porque para ella la capital del amor era cómplice de su desamor y fracaso. Tantos poetas se habían inspirado en la mágica ciudad y habían halagado su hermosa esencia con hojas cargadas de traviesas letras, enhebradas y cosidas con los sentimientos más nobles. Porque siempre se trataba de realzar y omitir, al mismo tiempo, su parte sucia que, por desgracia, tiene todo lugar habitado por el hombre, a quien le gusta someter a su antojo la historia que toda ciudad posee. ¿Quién no ha manipulado el verdadero conocimiento de rituales antiguos y divinidades para satisfacer los egos de líderes y de la sociedad? Y es que París siempre será como cualquier otro sitio del mundo: bonito y feo, hospitalario e insociable, cálido y frío, un lugar que aún no se cree su papel como santuario del amor.

Sin embargo, hay una época del año en que todo cambia y los sentimientos

están en carne viva: la Navidad. Su espíritu renace como un encanto divino lanzado desde las alturas celestes en un intento de recuperar su esencia pasada. La necesidad de dar se multiplica; entonces, París se convierte en la ciudad de la esperanza y la felicidad. Solo si de verdad alguien lo merece, la magia actuará desde el cielo para cumplir con sus más anhelados deseos.

No obstante, para Margot no había esperanza. Él no la amaba y jamás la amaría, se lo había dejado claro. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había dejado que los sueños cubrieran sus ojos con un tul que no le había permitido ver la realidad? De todos modos, ya era tarde para arrepentirse; solo le quedaba huir y empezar de nuevo. ¿Empezar? Ya no tenía fuerzas.

Suspiró resignada mientras contemplaba por la ventana de su despacho la ciudad velada por la niebla. Las luces navideñas refulgían de manera tenue en medio de aquella semiblancura y daban al paisaje un aire de cuento de ensueño. En cambio, Margot veía guiños de fantasmales ojos que se burlaban de ella. Siempre había visto la capital de Francia como un lugar para soñar, donde las ambiciones más secretas, con paciencia y mucho trabajo, acababan cumpliéndose. Sin embargo, los suyos se habían convertido en humo y ya ni el olor de ellos quedaba. De nada le había servido tener paciencia, en un intento por que Bruno Durand, el pintor del momento, la viera como algo más que una amiga especial a la cual llevarse a la cama cada vez que coincidían por motivos de trabajo. Se había dejado engañar por sus caricias tiernas y por la belleza de una ciudad que prometía premios en silencio. Todo había sido una gran quimera. Y lo peor de todo era que ella era la única culpable por haberse ilusionado con él.

Hacía tres años que había llegado a París con una maleta cargada de ilusiones, que se llevaba colmada de lágrimas y sueños rotos. Había conocido a Bruno por motivos laborales; su galería, Galerie Topaze, era el lugar de moda de la ciudad. Cualquier artista que se preciara querría exponer allí, sabiendo de antemano que ya, por eso solo, la exposición adquiriría el sello de acontecimiento de primer nivel. Eso se traducía en portadas y entrevistas en los medios informativos más importantes. De hecho, siempre que Bruno inauguraba una colección, acudía a ella para promocionarse. Desde el primer momento hubo química entre ellos; de acuerdo que fue más sexual que otra cosa, la prueba era que el mismo día de conocerse acabaron acostándose. Nunca hubo intención de llegar lejos, simplemente existía entre ellos una conexión muy placentera que llevaban con discreción siempre que coincidían. Reconocía que, aparte de aquellos contactos carnales, no había habido nada más.

Pero, no sabía muy bien cómo había sucedido, con el pasar de los días ella había necesitado algo más. Quiso dar un paso en una relación que, en realidad nunca fue una relación. Sin embargo, en cuanto se lo había comentado, él se había rehusado a hablar del tema y, no solo eso, sino que se había alejado de ella. Por más que había intentado conquistarlo con paciencia y dulzura, nunca había conseguido nada, salvo algún que otro escarceo sexual que no había ido más allá de dos cuerpos saciándose entre sábanas. El artista nunca había tenido el propósito de ir más allá, pues en cuanto ella salía de la cama, él se olvidaba por completo de su presencia.

Y ella había cometido el pecado de dejarse llevar por su imaginación, pues tantas veces había fantaseado con Bruno y ella viviendo juntos para toda la vida. Había soñado con su pintor arrodillado frente a ella mientras le pedía que se casara con él y le deslizaba un anillo de compromiso en el dedo. Lo había visto en su cabeza mientras le confesaba que la amaba con locura después de hacer el amor. Había dado por hecho que se convertiría en su musa, como los inseparables Dalí y Gala. Nada de eso se había cumplido, y su trabajo ya no era suficiente para llenar el vacío que sentía por dentro.

Margot estaba en su despacho, un despacho de líneas simples y minimalista, donde predominaban los muebles claros en tonos grises y de madera, con algún que otro componente en acero inoxidable. Todo ahí cumplía una función y ese era su encanto, que lejos de crear una sensación vacía, la amplitud y la productividad que se sentían al entrar sosegaban a los clientes más difíciles. Además, las vidrieras grandes, con vistas espectaculares de París, permitían que la luz entrara a raudales y el efecto de amplitud crecía sobremanera.

La mujer miró su lugar de trabajo con reverencia por última vez. Detuvo su mirada en el sofá blanco que había perpendicular a un gran ventanal, con vistas a la torre Eiffel. En él había hecho el amor con Bruno después de una exposición de un escultor. Ella lo había invitado, reconocía que solo había sido una excusa para verlo de nuevo. Ese día habían estado tan ansiosos que no habían podido esperar a llegar a su casa. En aquel momento, los recuerdos le dolían como si fueran una herida abierta. Creía que la decisión de marcharse de París era la correcta, pues sabía que quedarse entre los recuerdos la mataría por dentro.

Se acercó al mueble del fondo, el lugar donde guardaba los ficheros de todas las exposiciones que habían hecho hasta el momento, y empezó a acomodarlos por orden alfabético dentro de cajas. Lo hacía de esa manera por si tenía que echar mano, en algún momento, de un dossier en particular; de esa forma le era más fácil localizarlo. Ya casi había acabado cuando se detuvo pues la amarga

frustración instalada en sus vísceras le revolvía las tripas y le dolía el estómago; tuvo que obligarse a calmarse. Era consciente de que un ciclo de su vida llegaba a su final, pero nunca llegó a imaginar que sería tan duro. Reconocía que desde que se había independizado, cuando apenas era una adolescente, habían sido muchas las veces que se había aventurado a iniciar negocios en diversas ciudades. Sin embargo, en París había encontrado lo que siempre había querido. Hubo un tiempo en el que comenzar de nuevo en otro lugar la llenaba de expectación y alegría. En cambio, en aquella etapa de su vida era todo lo contrario, pues marcharse significaba alejarse para siempre de su pintor, el hombre que, sin hacer nada, la había maravillado y enamorado.

Con treinta años arraigados en el cuerpo, Margot siempre se había dedicado a construir sueños como si de edificios se trataran. Su amor por el arte en general y sus ganas de que artistas de todas las disciplinas pudieran enseñar su trabajo la habían empujado a abrir Galerie Topaze junto con su amiga de la infancia, Cloe, ambas de la misma edad. La ilusión de convertirse en aliada del arte le había supuesto un gran esfuerzo y un desgaste emocional muy profundo, pero, ladrillo a ladrillo, infinitas horas de duro trabajo habían tenido su recompensa. Sin embargo, todo aquello había quedado atrás en cuanto conoció a Bruno hacía medio año apenas. Junto a él había querido levantar una gran obra, la más importante de su vida: un enorme castillo. No pensó que no podía hacerlo sola, que precisaba de la ayuda de él, y desde luego que Bruno no estaba interesado en aquel proyecto. Se había dado cuenta de que los cimientos no eran sólidos, y nada se había podido hacer: su castillo se había derrumbado en un momento. Solo le quedaba contemplar con dolor los escombros, unos escombros que le recordarían que, para Bruno, su relación no significaba nada.

—¡Basta! —dijo la mujer en un grito doloroso; respiró profundo, retuvo el aire y lo dejó escapar de golpe en una exhalación agónica—. Basta de darle vueltas en la cabeza, a este paso caeré enferma.

Miró aquellos féretros de cartón, que había llenado de documentos, como si fueran sus ilusiones a las que pronto iba a dar sepultura, pues en poco tiempo los guardaría en un armario oscuro de un nuevo hogar y se olvidaría de su existencia. Qué difícil era aceptar la derrota y qué sensación tan amarga dejaba a su paso. Fracaso. La palabra que ella más había temido a lo largo de sus treinta años estaba cobrando realidad en su vida. Y ¿cómo podría mirarse en el espejo sin ver «fracaso» escrito en la frente?

«Dios aprieta, pero no ahoga», le decía su madre cada vez que iba de visita a su antiguo hogar, entristecida porque el desamor se reflejaba en sus ojos azules y

ella era incapaz de esconderlo. Y mientras su progenitora la acogía entre sus brazos gruesos y arrugados por la edad, le explicaba que la línea que separa el éxito del fracaso era tan fina que casi se podía decir que solo la unión los hacía sobrevivir. Existir por separado significaba la muerte. Uno se alimentaba del otro, igual que el día y la noche, que el yin y el yang, que el cielo y el infierno. «Siempre hay que probar los arañazos del mal para apreciar la caricia de la bondad. No pierdas la fe, mi niña... Todo llega cuando menos lo esperamos, así de maravillosa es la vida», sentenciaba su madre. Siempre había tenido en cuenta los consejos maternos, pero dudaba mucho que la vida fuera tan espléndida como ella decía. La prueba era ella misma: una mujer perdida en sus sentimientos, los cuales no podía dejar en libertad puesto que al otro lado no se encontraba Bruno, y no estaría nunca.

Sin nada más que hacer allí, Margot, llevada por la necesidad palpitando en su interior de cargar las cajas en su coche cuanto antes e irse, puso rumbo hacia la puerta. Sin embargo, sus intenciones quedaron abortadas en cuanto su amiga de la infancia, Cloe Thierry, entró como un ciclón veraniego. Arrasando todo a su paso, contagió con su típica vitalidad el ambiente. Ella iba vestida como siempre: parecía una esplendorosa primavera con piernas, brazos y cabeza, que impactaba con solo mirarla. Incluso su cabello corto parecía que estaba en llamas debido al tinte rojo que usaba. Además, Cloe tenía la fastidiosa manía de ponerse lentillas de colores; en aquel momento llevaba unas de rosas.

No obstante, a pesar de su estridencia, que echaría para atrás a más de uno tachándola de bicho raro, para Margot, ella era su amiga o, mejor aún, la hermana que nunca tuvo y con la cual se sentía muy a gusto, a pesar de tener poco en común. Salvo por el negocio que compartían, una galería de arte, nada más las unía; bien podría decirse que eran como aceite y agua, que nunca se mezclan por más que se agiten. Y era que mientras la discreción gobernaba los actos de Margot, la locura hacía estragos en la vida de Cloe. De todos modos, tanta diferencia de caracteres no había sido impedimento para llevarse a las mil maravillas, al contrario, se complementaban perfectamente, pues hacían un tándem muy original.

Cloe traía consigo un árbol de Navidad tan peculiar como ella, que nada tenía que ver con los abetos verdes y adornados de bonitas bolas, luces y cintas. En su lugar, la estridente chica llevaba en sus manos una estructura metálica dorada con forma de espiral invertida. Se tendría que recurrir a la imaginación para adornarla. La muchacha dejó su invento en el suelo; Margot arqueó sus cejas rubias en un gesto muy característico de sorpresa, miró a su amiga y al árbol

alternativamente.

—Ya puedes estar devolviendo a su lugar los *dossiers* de la caja —dijo Cloe. Margot cabeceó, incrédula.

—No los puedo dejar aquí. Los nuevos propietarios se desharán de ellos.

—Nadie va a alquilar el local.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque no nos marchamos.

Margot dejó la caja en el suelo, pues pesaba y su espalda empezaba a notarlo; apretó los labios antes de contestar.

—Cloe, ya hablamos de ello, he cancelado todas las exposiciones.

—¿Estás segura que has tomado una buena decisión?

—¡Claro que estoy segura! —Hizo una pausa y suspiró resignada, un suspiro que pedía comprensión—. Yo misma he llamado a nuestros clientes y los he puesto en contacto con otra galería. Sabes muy bien que no puedo quedarme ni un día más en París. Bruno y yo hemos roto... —Una mueca torcida se cinceló en sus labios; reflexionó sobre lo dicho y no era la pura verdad. A continuación rectificó—: Bueno, tampoco teníamos ninguna relación, así que no puedo afirmar que hemos roto. De todas maneras, necesito poner quilómetros entre él y yo, olvidarlo.

—Sé muy bien que él no quiere una relación seria, ya me lo explicaste, pero ¿no crees que has tirado la toalla muy deprisa? Anda, ayúdame a colocar nuestro nuevo árbol de Navidad cerca de la ventana.

—*Mon Dieu!*, Cloe, esto no es un árbol de Navidad, es... es... una aberración metálica.

—*Oh là là!*, qué poca visión tienes, ¡tú siempre tan pesimista!

—Y tú eres demasiado optimista, nunca nos pondremos de acuerdo.

Margot ayudó a su amiga a ubicar el estrafalario árbol navideño cerca de la ventana —tal como le había pedido—, el sol, que estaba detrás de la torre Eiffel, anunciaba que la mañana transcurría minuto a minuto en la carrera de la vida. Un tul de nubes impedía que resplandeciera con todo su esplendor sobre París. Sin embargo, los matices ocres del astro rey, mezclados con el azul cielo y el blanco de las delgadas nubes, contaban historias de encuentros y desencuentros.

—Perfecto, aquí estará bien —dijo Cloe dando su aprobación con un gesto espontáneo de mano—. Me lo ha diseñado un escultor.

—Pues qué quieres que te diga —habló su amiga mirando la escultura metálica, no le veía belleza por ningún lado—. Ese escultor está muy verde.

—Se lo he dicho, pero el pobre estaba tan ilusionado que me lo ha regalado.

No podía ofenderlo; quizá podemos darle nuestro toque, *je ne sais pas!* Una cinta aquí, una bola allá...

—Querrás decir tu toque, porque a mí no se me ocurre nada, salvo llevarlo al chatarrero y que lo recicle.

—¡Suerte que el autor no te escucha! En fin... Y no hablaba de eso, volvamos a lo que te estaba diciendo: estás abandonando demasiado pronto. Hay hombres que necesitan más tiempo que otros.

—Cloe, mi decisión de marchar está tomada, me voy, ya no tengo nada que hacer aquí. Necesito planear cómo empezar de nuevo, ya tengo varios lugares en mente. Solo es cuestión de echarles el último vistazo y decidirme por uno.

Su compañera se acercó a ella y le apretó las manos.

—Tú no vas a empezar de nuevo en otro lugar, tu lugar está aquí junto a mí. Tenemos un negocio juntas, querida amiga, no me puedes abandonar... —Cloe abrió los brazos abarcando el espacio e hizo unos pucheros—. ¿Dejarás a tu amiga desamparada?

Margot hundió los hombros.

—Por favor te lo pido, no me lo hagas más difícil. Además, no te dejes desamparada, te he buscado un trabajo en una revista de arte donde ganarás más dinero que aquí.

—El dinero no lo es todo, querida amiga. Yo te necesito a ti.

—Ohhhhh, Cloe, te odio, me quieres hacer sentir mal.

—¿Y lo estoy consiguiendo?

—Casi. ¡Te voy a matar!

Se abrazaron con cariño, solo el tiempo justo para recomponerse, pues ambas notaban sus ojos lagrimosos.

—Mejor que lo hagas después —se mofó Cloe— porque, cuando te diga mi plan, entonces sí que me vas a matar.

Margot conocía muy bien a Cloe, era un torbellino en todos los sentidos y sería capaz de cualquier cosa para salirse con la suya. De pronto, empezó a sudar.

—¿Qué has hecho, Cloe? ¡Habla!

La estridente chica se esforzó en sofocar su risa tonta, lo consiguió y se aclaró la garganta.

—Nada, una cosilla sin importancia —dijo con la boca pequeñita.

—¡Ay que me temo lo peor! —replicó Margot.

—He llamado a Bruno y he organizado una exposición de su última colección. Sabes, ha accedido encantado...

Margot la cogió por los hombros y la sacudió, pero la soltó enseguida.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque te quiero.

—¡Vaya manera de quererme! Telefonéale y anúlalo todo. —Margot fue a la mesa y descolgó el teléfono, enseñó el aparato a su compañera—. ¡Ahora mismo!

Su amiga no se dejó intimidar y negó con la cabeza.

—No, no, no y no lo voy hacer.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Margot empezó a marcar, sin embargo, Cloe corrió hacia el lugar, agarró el auricular y, entre tirar y aflojar, la segunda logró colgar.

—No lo vas a hacer —dijo Cloe en voz autoritaria—. Galerie Topaze expondrá los cuadros de Bruno Durand como siempre hemos hecho hasta el momento. Invitaremos a todo París y podemos aprovechar para hacer una fiesta de despedida. Ya sé que no tenemos mucho tiempo pero, si nos ponemos las dos, lo tendremos listo a principios de enero. Así que, hasta después de Navidad, no podrás marcharte.

—De verdad que estás locas, eres la mujer más repelente que he conocido en mi vida.

—Insúltame todo lo que quieras, pero tú no te marchas de París hasta después de Navidad.

—Dime, Cloe, ¿qué esperas conseguir con esto? Al fin y al cabo, acabaré marchándome.

—Quizá no, el espíritu navideño está en París haciendo milagros.

—Eres insufrible, ¿el espíritu navideño? ¿Se puede saber qué has desayunado? Que ya no eres una niña.

—Ya lo sé que no soy una niña, tengo tetas —soltó de golpe abarcando con sus manos dicha zona—, y también pelos en el coño.

Margot no pudo evitar carcajearse, su amiga se sumó a ella, eran risas de puro regocijo.

—Eres una bruta... —dijo Margot.

—¡Si te he hecho reír, vale la pena! —aclamó con énfasis.

—Pero que te quede claro que será lo último que haré en Galerie Topaze, después me voy.

—Me ha quedado claro.

—¿Por qué tengo la sensación de que solo me lo dices para que cierre la boca?

—Margot casi era capaz de leerle los pensamientos—. En realidad, no pararás, siempre maquinando a mis espaldas.

Cloe puso cara de ofendida, colocó los brazos en jarras y la miró a ojos cegarritas.

—¡Me estás insultado! —exclamó esta.

—No disimules, eres imposible.

Fue entonces cuando su amiga consultó su reloj. La piel de entre sus cejas se frunció de una manera breve, después hizo una mueca entre cómica y preocupada. Margot supo que ella estaba calculando las consecuencias de alguna travesura.

—Cloe, ¿qué más has hecho?

La aludida levantó la vista de su reloj y la miró con una expresión de inocencia postiza.

«Ohhhh, qué mal disimula», meditó Margot con un nudo en la boca del estómago.

—Confiesa si no quieres que te despelleje viva. La amiga ignoró el comentario y se acercó a ella.

—*Mon Dieu!* Suéltate el pelo, recogido te hace mayor —exclamó Cloe y, sin pedirle permiso, le quitó a Margot la goma que sujetaba su cabello rubio en una clásica cola—. Llevamos toda una vida siendo amigas y aún no te he visto con ropa roja o fucsia, ¡siempre vas con unos colores tan triste! Tu armario seguramente se muere de pena. Y haz el favor de subirte la falda y desabrochate un par de botones de la blusa. Enseñar un poco de carne no te hará daño, y tampoco se lo hará al negocio; no entiendo por qué tienes tanta manía por tapar tus armas femeninas.

Se tiró encima de Margot resuelta a mejorar su aspecto, esta trató de impedirselo, aunque de nada sirvió, pues su peculiar compañera era tozuda como nadie.

—¡Suelta mi blusa! —gritó.

De pronto, se oyeron unos pasos por el pasillo y ambas mujeres dejaron de forcejear; Cloe miró a su amiga y le susurró:

—Es Bruno, le dije que se pasara por la oficina para cerrar los detalles de la exposición... — Se detuvo al ver las facciones de su compañera endurecidas por el enfado—. ¡No me mires así! No me gusta.

—¡Y menos te gustará lo que te haga en cuanto pueda! Me las vas a pagar.

Una emocionada Cloe salió del despacho y volvió a entrar acompañada del mejor pintor del momento.

—Mira, Margot, por fin Bruno ha llegado. Ha venido a hablar del... — Carraspeó, siguió con un tono suave como la seda—. De la exposición, ya sabes,

eso que te he contado y que te ha alegrado tanto. Sabes, Bruno, hace un momento ella estaba saltado de la emoción, le hace mucha ilusión, de veras.

Cloe le dedicó una mirada afligida, pues su amiga le estaba lanzando cuchillos por los ojos.

Agradeció que estuviera Bruno; con él delante no se atrevería a estrangularla.

Margot no le contestó, en su garganta se había formado una bola de espinos. Apenas hacía una par de semanas que se había despedido de Bruno para siempre. Aún recordaba el instante en que, después de hacer el amor en casa de él, todavía con su piel caliente por sus manos masculinas y su sexo temblando de placer, ella, en un arrebato de sinceridad, le había confesado lo que sentía.

Bruno y ella estaban desnudos en la gran cama, abrazados como nunca. Fuera, la lluvia caía con fuerza, chocaba en los cristales del enorme ventanal del dormitorio y creaba una melodía relajante que adormecía los sentidos. Al fondo, una chimenea de gas mantenía las llamas altas, de una rejilla emanaba aire cálido. El lugar era precioso, pero lo que lo hacía especial era él y ella, sus sonrisas y sus respiraciones, sus pieles pegadas y saciadas.

—Bruno, *mon amour*, te quiero.

Al instante ella había notado como él se tensaba. La magia había desaparecido, incluso las moléculas del aire habían parecido espesarse a su alrededor. El hombre se había separado de ella, se había sentado en la cama y se había puesto unos *boxers* y los pantalones. Ella había hecho lo propio, pero no se había vestido, sino que había cogido la bata de él y se la había puesto.

—Bruno, ¿me has escuchado?

Él se había dado la vuelta; ella habría preferido que no lo hubiera hecho, pues sus ojos negros, en aquellos instantes, eran dos lunas eclipsadas. La mujer se había llevado la mano a la boca, espantada; Bruno se había acercado a ella. Sin embargo, como aún se sentía impresionada, había dado un paso atrás. El pintor se dio cuenta y se había quedado donde estaba. Un par de metros los había separado, el aire entre ellos pareció adquirir la apariencia de una pared alta y gruesa. No hizo falta ser muy lista para saber que había cometido un error; entonces, había querido que ese par de metros fueran doscientos quilómetros.

—Margot, creo que será mejor que dejemos de vernos... Yo nunca he pretendido mantener una relación seria con nadie.

Había pasado el equivalente a dos suspiros, ni uno ni otro había podido respirar con normalidad.

—¿Eso es todo? ¿Me estás diciendo que no quieres verme más?

Bruno había respirado profundo y echado mano a toda su fuerza de voluntad.

—Sí, no quiero verte más. Lo nuestro, o como quieras llamarlo, ha terminado.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre.

Margot había mirado las pupilas abiertas de Bruno y había sabido que lo decía de veras, jamás había visto tanta verdad en dos esferas tan pequeñas. Reconocía que nunca había sentido tanto dolor como en ese momento, si existían heridas abiertas de arriba abajo que no sangran, pero lloran, ella acababa de conocerlas.

No deseó pensar más en el instante en que había muerto por dentro y se obligó a regresar al presente. Quería morir en aquel momento o, mejor aún, hacerse invisible y desaparecer sin dejar rastro. La presencia de Bruno llenaba su despacho y lo empequeñecía, hacía que a ella le costara respirar. Se sintió como una idiota y su corazón se desbocó con tanta intensidad que temió que se le rompieran las costillas. Precisamente, lo que más había temido era encontrarlo de nuevo después de que le dijera que no quería verla más.

Margot no pudo hacer otra cosa más que armarse de valor para enfrentar aquel momento.

## CAPÍTULO 2

Incapaz de hacer otra cosa, se quedó mirando aquel hombre de cabellos castaños vestido con unos vaqueros y una camisa granate. También llevaba una chaqueta negra desabotonada, larga hasta las rodillas. La verdad era que le quedaba bien; su mente no estaba acostumbrada a verlo con tanta ropa puesta, ya que siempre lo recordaba desnudo, entre las sábanas de su cama, mientras la hacía temblar de placer.

—Buenos días... —saludó Margot; no sabía cómo relacionarse con él después de romper todo vínculo—. Qué alegría verte —soltó cansinamente y con cierta ironía.

Bruno clavó sus ojos negros en los azules de ella en una mirada que no tenía nada de cordial. Los labios gruesos de Bruno se curvaron en lo que parecía ser una media sonrisa en la que no había ni pizca de felicidad.

—Hola —saludo él.

El tono del hombre había sido tan frío y cortante que no le pasó inadvertido a Cloe; esta miró a uno y a otro con cara de haberse tragado un sapo, pues no sabía que la relación entre ellos estuviera tan mal. De pronto la asaltaron las dudas, ya que, quizá, interponiéndose lo único que había hecho había sido empeorar la situación. Se calmó pensando que el espíritu navideño pululaba por París y que había escuchado sus ruegos.

Bruno se sentía molesto porque ella lo miraba con indiferencia. Pero teniendo en cuenta su última conversación, lo entendía y aceptaba. Lo raro sería que saltara a sus brazos y lo besara con devoción. Había sido él el que había dado por terminada su rara relación, aunque en ese momento se arrepentía. De acuerdo, no quería un vínculo serio, pero la deseaba como mujer y la quería de vez en cuando en su cama. Solo de admirar la redondez de sus pechos asomar por la recatada blusa blanca que llevaba, se estaba excitando como un loco. Margot era una mujer muy sobria vistiendo, aun así, su cabello rubio, sus ojos azules, los labios carnosos, las caderas pronunciadas, su cintura suave acentuaban una aire

sensual. A decir verdad, era eso lo que lo excitaba como un loco; saber que, debajo de esas ropas sencillas, había un cuerpo elegante y dulce de una mujer que se derretía con sus caricias, que ronroneaba como una gatita cuando la besaba por todas partes, y que se entregaba por completo a él a cada embestida. Esa pasión tan real lo había empujado a ceder ante Cloe, aunque no haría una exposición, sino que tenía en mente otra propuesta: un sorteo, por lo que aquello implicaba pasar muchas horas juntos. Con toda seguridad se darían las condiciones para un acercamiento más íntimo.

—¡Ohhhh! —exclamó una nerviosa Cloe, miró su reloj y dijo a continuación —: Es tardísimo y me esperan en... en... Bueno, me esperan en algún lugar. Os dejo solos.

No añadió nada más y se fue corriendo, los tacones de sus botas chillonas, tan rojas como su pelo, se oyeron alejándose en una precipitada carrera. Margot no daba crédito a que su amiga se fuera sin más. Ella había sido la única culpable de que estuviera en una situación que no deseaba de ninguna manera.

—La muy sinvergüenza, huye. Yo la mato —manifestó Margot, caminó hasta su escritorio y se sentó en el borde—. Te propongo que te olvides de todo lo que te ha ofrecido Cloe.

El pintor se acercó a ella, dejó cierta distancia de seguridad en un intento por no intimidarla.

Se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla que había frente a la mesa.

—La verdad es que me interesa hacer una exposición.

—Ambos sabemos que apenas tienes un cuadro pintado. No se puede montar una exposición con solo una obra. ¿Acaso no se lo has mencionado a Cloe?

—No, la verdad es que no lo creí necesario.

—Entonces, más motivos para no seguir adelante con la exposición.

—Bueno, pero no tenía en mente una exposición, estoy a punto de terminar el cuadro que mencionas, y se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál idea?

—Queda una semana para Navidad, había pensado sortearlo y la recaudación destinarla a comprar regalos para los niños cuyos padres lo estén pasando mal.

—Una semana es un poco justo, hay que hacer organizar muchas cosas...

—Te ayudaré, piensa en esos niños, en la ilusión de sus rostros por que Santa Claus les traiga un regalo.

Margot notaba que Bruno casi le estaba rogando y no le gustaba. ¿Qué le habría contado su amiga? No dudó en preguntarlo, no se fiaba de sus locuras ni un pelo. Cloe era de esas personas que podían inventar una historia

rocambolésca y hacerla creíble a ojos de los demás.

—Sé que la loca de Cloe ha hablado contigo, ¿se puede saber qué te ha dicho para que actúes tan a la desesperada?

—Está bien, te lo contaré, me dijo que te marchabas de París porque tu madre se había muerto y que nada en la vida te importa ya, que estabas todo el día llorando y que te habías inscrito a una ONG para ayudar a los heridos de las guerras, sobre todo a los niños. Cloe teme que te maten y me pidió que te ayudara, que me portara bien contigo. Dijo que a mí me harías caso y recapacitarías.

A pesar de conocer a su querida amiga, Margot escuchaba al hombre con la mandíbula desencajada. Cloe estaba loca de remate.

—¡Ohhhh, nada de eso es verdad! —soltó una indignada Margot—. Te juro que me las va a

pagar.

—Entonces ¿no es verdad nada de lo que me ha dicho?

—Bueno, lo único cierto de todo lo que te ha dicho es que me marché, pero no porque mi madre haya muerto, gracias a Dios está bien, sino por otro motivo.

Bruno entornó los ojos, recordó la última conversación que habían mantenido, casi al instante entendió más de lo que hubiera querido.

—¿Ese motivo soy yo?

—No seas tan egocéntrico, no eres el centro de mi vida...

Le costó terminar la frase, y más cuando se dio cuenta de que estaba al borde del llanto, aun así se regañó mentalmente por estar mintiendo como una bellaca. De acuerdo que no era lo correcto, pero no quería parecer débil, de hecho, jamás lo había sido. Sin embargo, desde que Bruno había pasado a significarlo todo en su vida, notaba cómo perdía la fortaleza de voluntad que siempre la había caracterizado en su día a día.

Por su parte, el hombre no le creyó. Los ojos azules de ella, en aquellos instantes, eran dos libros abiertos, casi veía el llanto contenido en aquellas esferas acuosas. Con todo, su media melena rubia caía sobre los hombros, sus hebras rodeaban de dorado su rostro alargado y bien proporcionado, ella tenía rostro de princesa. Bruno no podía dejar de venerarla y de desearla.

—De todas maneras, me apetece hacer el sorteo, no te puedes negar...

Cierto, Margot no podía rehusar una proposición como aquella, y menos cuando se trataba de hacer una buena obra. Cruzó los brazos bajo los pechos, aquello provocó que esa parte de su cuerpo se alzara un poco y se desbordaran, todavía más, por el escote de la blusa. Bruno se dio cuenta y miró aquella carne

expuesta con verdadera devoción, sus pupilas se agrandaron y se imaginó besando tan dulce tentación. Era consciente de que su rostro debía estar mostrando pasión, que en sus labios había una sonrisa, que su respiración estaba agitada, pero no le importó, quería que ella supiera que la deseaba.

Como era de esperar, ella captó de inmediato el placer en los ojos de Bruno y en los mensajes de todo su cuerpo: su respiración se había agitado y apreciaba su tensa musculatura bajo la camisa. En el pasado ella hubiera jugueteado con él desabrochándose todavía más botones, tentándolo hasta el infinito. Pero no estaba para jueguecitos, de modo que hizo lo contrario y se abotonó la camisa hasta el cuello. El pintor no disimuló su decepción y no le gustó sentirse rechazado; una parte de él quiso rebelarse. De modo que se acercó a ella, la obligó a levantarse y la apretó contra su cuerpo.

—Te deseo, Margot —susurró cerca de sus labios, apretando su virilidad en la ingle de la mujer—. ¿Verdad que lo notas? Te deseo.

Margot puso las palmas de sus manos en el tórax masculino, quiso apartarlo, pero él se negó en redondo y la abrazó con más fuerza.

—Por favor, Bruno, apártate.

—¿De verdad quieres que me aparte?

Bruno depositó un reguero de besos en el cuello femenino, hubo un instante en que mordisqueó la carne de aquella zona. Margot respondió con un ronroneo del placer, aquello dio alas al hombre y se atrevió a levantarle la falda. Ella llevaba ligero, el hombre deseó verla solo con aquella prenda puesta. Introdujo sus manos por las bragas y amasó sus glúteos con una ligera ferocidad. Otro gemido, largo y sensual, salió de la boca de Margot, el aliento dulce y tibio de ella acarició los labios masculinos. Bruno no pudo controlarse y la besó como un loco poseído. En un primer momento Margot sucumbió al beso, dejó que su lengua entrara en sus profundidades y buscara la suya para enredarse en un beso carnal con sabor a furia desatada. Pero cuando el pintor acercó los dedos al sexo humedecido de ella, algo estalló en la mente de la mujer y la hizo recobrar el sentido común.

Margot separó su boca de la de él y, con un fuerte empujón, lo apartó de su cuerpo.

—Maldita sea —aseveró con contundencia, respiró hondo y, cuando la calma enfrió su cólera, continuó—: ¿A qué estás jugando? ¡Me dijiste que lo nuestro se había terminado!

—Eso dije, pero en fondo no quería decirlo.

—¿A no?

—No, me pilló desprevenido tu confesión.

—¿Cuál confesión?

—No disimules, me confesaste que me amabas.

—Déjalo estar, ya me quedó claro que no quieres saber nada de mí.

—No es cierto.

Una bocanada de esperanza entró en el despacho. Margot pensó en el espíritu navideño del que le había hablado Cloe, que había aparecido para desplegar su magia. ¿Acaso Bruno la amaba y no se atrevía a confesarlo?

—¿Qué quieres decir?

Margot contuvo el aliento a la espera de una confesión que le cambiaría la vida para siempre.

No tardó en comprobar que estaba equivocada.

—No quiero embarcarme en ninguna relación, tengo treinta y tres años, y quiero disfrutar, pero tú... —Hizo una pausa, la miró de arriba abajo, su mirada negra era intensa y hambrienta—. Me gustas mucho.

Si bien habían sido muchas las veces que la había visto desnuda, Margot, en aquel momento, sintió cómo enrojecía de pies a cabeza, pero no de deseo, sino de humillación.

—Ah, vale, entiendo... —murmuró entre dientes, en la punta de la lengua tenía un insulto preparado.

—Podemos seguir como hasta ahora, vernos de vez en cuando, solo con la intención de pasarlo bien, nada serio...

Margot no esperó a que terminara, dio un paso al frente y lo abofeteó. Como en el despacho no había muchos muebles, el eco del golpe resonó un buen rato.

—Eres un cerdo.

Bruno se tocó un segundo la mejilla, desde luego que no le había hecho daño, solo su orgullo masculino se había lastimado.

—¡A ti te gusta tanto como a mí lo que hacemos cuando estamos juntos!

La mujer no apartó sus ojos de los de él, enderezando los hombros, confirmó con su pose rígida que estaba enfadada.

—Es verdad, me gusta mucho, pero eso no te da derecho a tratarme como una puta.

—¡Yo no he dicho que fueras una puta! Jamás lo haría.

—Lo has hecho, y lo peor de todo es que ni te has dado cuenta. Apenas hace un par de días te confesé que te amaba. Las cosas han cambiado y tú acabas de pisotear mis sentimientos.

Bruno la miró con recelo, calibrando la situación. Ciertamente, entre ellos nunca más

nada sería lo mismo, debía asimilarlo y entendía que, si quería acostarse con ella, debía pagar un precio.

Por su parte, Margot creyó saber lo que estaba meditando y su enfado aumentó de nuevo.

—Ni se te ocurra pensar que te estoy chantajeando.

—¿No? ¿Estás segura? Si te digo en este momento que quiero mantener una relación seria contigo, seguro que dejarías que te follara aquí mismo.

Bruno supo que se había equivocado tan pronto como sus palabras salieron de su boca, pero ya era tarde para revertirlo.

—Eres un imbécil.

—Acepto el insulto porque me lo merezco. No quise decir tal cosa, el deseo ha obnubilado mi mente.

Sin embargo, la mujer estaba demasiado dolida como para dejarlo estar.

—Doy por hecho que un hombre tan guapo como tú, famoso y rico, no está acostumbrado a que lo rechacen, supongo que todas se abren de piernas nada más las miras. —Margot pensó en lo dicho, esa vez fue ella quien tuvo remordimientos, comprendió que no era el camino—. Lo siento, no quise decir tal cosa. Quiero que entiendas que tus caricias y besos me hacen daño. Déjame olvidarte, Bruno, no me lo hagas difícil y doloroso, solo te pido que te alejes de mí.

El hombre, en aquel momento, detestó que ella tuviera razón, pues aquello significaba no relacionarse nunca más con ella de la manera que deseaba. Por otra parte, no podía forzar la situación, si una cosa tenía clara era que la conocía y solo sería cuestión de insistir para que cayera en sus brazos de nuevo. Pero no lo haría, no era el momento.

—No era mi intención llegar a esta situación. Y te pido disculpas si te has sentido lastimada de esa manera.

—Disculpas aceptadas. Ahora, supongo que entiendes por qué no me puedo quedar en París.

—En parte lo entiendo, pero no me utilices de excusa para huir. París es lo suficientemente grande para los dos.

—Ya, pero tú eres un pintor famoso y yo tengo Galerie Topaze, por tanto, tenemos contactos comunes y nos movemos en los mismos círculos, coincidiríamos en muchos lugares y yo no podría soportarlo...

Su voz se rompía en trozos afilados, era tan difícil tenerlo delante, amarlo y reprimir tal sentimiento. Bruno pareció darse cuenta y no le gustó hacerle daño, y menos le agradó el dolor que estaba experimentando dentro de su corazón. Era

algo que lo encogía y lo obligaba a respirar con lentitud. Quiso acercarse y consolarla, explicarle el verdadero motivo por el cual no podía sacar adelante una relación, pues sabía que fracasaría, tal como le había sucedido en el pasado.

—No puedo darte lo que me pides, Margot, no quiero cruzar esa frontera.

Hubo un tenso silencio, de esos que arrollaban como trenes. La mujer no quería continuar con aquella conversación, de modo que cambió de tema.

—Te ayudaré con el sorteo del cuadro, me pondré esta misma tarde a organizarlo todo para antes de Navidad, solo así los niños tendrán su regalo el día que viene Santa Claus.

Bruno captó las intenciones de ella, él tampoco quería continuar hablando de aquello, estaba alterado y no quería decir nada fuera de lugar.

—Gracias.

Una tímida sonrisa se dibujó en los labios masculinos, Margot los observó perdida en los recuerdos de cuando los besaba. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ponerse a llorar, pues un pensamiento amargo cruzó su mente: nunca más iba a unir su boca a la de él y no podía con tanta tristeza.

—No hace falta que me las des —declaró ella—, me encanta la idea de alegrar a los niños más vulnerables.

—Me gustaría que vinieras a ver el cuadro, ¿podrás hoy en la noche?

Margot meditó si era lo correcto; no quería sucumbir, pero, después de lo que había pasado entre ellos, supuso que Bruno se comportaría.

—Está bien, cuando tenga un momento, me acercaré a tu casa. De todos modos, quiero que te quede claro que esto lo hago por los niños, no por ti ni por Cloe. Y, después de Navidad, me marcharé de París.

—¿Estás segura?

—Sí, muy segura.

De repente, Bruno se sintió herido, como si le hubieran dado una patada en estómago. La bilis ascendió hasta su boca y le vinieron ganas de escupir. La idea de no ver nunca más a Margot serpenteó por su cuerpo con dolor. El frío se apoderó de su piel y empezó a temblar convulsivamente. Se apresuró a coger su abrigo de la silla y, una vez puesto, lo abotonó. Pero ni así recuperó el calor corporal; aquella sensación de pérdida que se había apoderado de todo su ser lo tenía impactado. Bruno se dio cuenta de que el miedo se había instalado en su cuerpo y no le gustó. Y en ese punto fue cuando se despidió a toda prisa de la mujer y a duras penas pudo llegar al coche, pues las rodillas le temblaban.

¿Qué demonios le estaba pasando? ¿A qué venía esa desesperación al saber que Margot se marcharía para siempre?

\*\*\*

A Margot le dolía la cabeza. La situación tenía su gracia, pues su amiga le había contado una mentira a Bruno, y después la había estado regañando por la actitud que había tenido con él. Por lógica, tendría que haber sido ella la que censurara sus falsedades. Encima, le había recriminado que no hubiera aprovechado dichos engaños para llevarlo a su terreno con alguna artimaña femenina. Al final, harta de aguantarla, le había dicho que había quedado con él por la noche para que le enseñara el cuadro. Pero ni así había conseguido que la dejara en paz. Al contrario, ávida de detalles íntimos, había empezado a atacarla con interminables preguntas y aquello había acabado por sacarla de sus casillas, por lo que había decidido escudarse en la decisión más cobarde: huir y dejarla con la palabra en la boca. De todos modos, le había venido bien, pues le había dado tiempo de tomar un relajante baño antes de visitar a Bruno.

Los minutos fueron pasando y llegó el momento de acudir a la cita. Y con eso también aparecieron los miedos, las dudas y la autocrítica. Pasó de lamentarse por la decisión tomada sobre el sorteo a pensar lo contrario, por lo que antes de marcharse se tomó una valeriana a fin de calmarse. Acto seguido, se vistió con unos pantalones negros de pitillo, un sencillo jersey de lana de cuello alto blanco y unas botinas de tacón bajo. Se maquilló con colores neutros y, al salir, se abrigó con una chaqueta larga gris, pero, como se acercaba en coche a la casa de Bruno, prescindió de guantes, bufanda y gorro.

Era de noche, el ambiente ya se había cubierto con un tul oscuro. La luna llena abrazaba con sus rayos de blanca luz las sombras de los rincones y, apaciguando las almas solitarias, evitaba que caminaran con miedo. Margot llegó a casa de Bruno. Se había mentalizado de que no era una cita como las de antes, en las que, después de degustar un buen vino y unos quesos, acababan desnudos en la cama, sino que se trataba de una reunión de trabajo. Él vivía en un almacén a las afueras de París, que había reformado, decorado y convertido en un práctico taller y cálido hogar de estilo industrial. El lugar estaba bordeado por grandes plátanos y quedaba muy protegido de la gente, de la cual muchas veces Bruno debía escapar debido a su fama. Y era que al artista le gustaba la soledad; nunca hablaba de sí mismo pues odiaba ser el centro de atención; dejaba tal honor a sus cuadros.

La mujer aparcó el coche en un lugar destinado para ello, salió del vehículo y caminó hasta la casa. El aire era tan frío que hacía doler cuando entraba por las fosas nasales; en ese instante se arrepintió de no haber cogido la bufanda. Cerca

de la puerta de entrada había un enorme abeto, muy hermoso y adornado con luces de Navidad, que destellaban intermitentemente. Margot se detuvo a contemplarlo un instante; siempre le había gustado la Navidad, era una época de fraternidad y amor. Durante esas fechas había algo en el ambiente que provocaba que la población riera sin motivo. Sí, cierto, la Navidad era preciosa. Sin embargo, cuando no había nada que celebrar, como en su caso, se convertía en una fecha que provocaba mucha congoja. Casi prefería encerrarse en una cueva y no salir hasta que pasaran.

—Hola —la saludó él en cuanto abrió la puerta, se hizo a un lado para que pasara—. Después de lo que hablamos esta mañana, y tal como quedaron las cosas, tenía mis dudas de que vinieras.

Margot entró.

—Te dije que organizaría el sorteo; si me conocieras, sabrías que nunca faltó a mi palabra — declaró ella con sequedad—. Mi trabajo es muy importante y hacerlo bien, aún más.

El hombre soltó una maldición entre dientes contra sí mismo, ella pareció escucharlo, aunque lo disimuló muy bien observando los cuadros que adornaban la pared derecha de la entrada. Él achacó su falta de tacto a los nervios que se habían apoderado de su cuerpo al verla de nuevo.

—No pretendía insultarte. Disculpa —dijo el pintor tratando de compensar su comentario anterior.

—Por cierto, bonito árbol de Navidad tienes en la entrada —confesó ella mientras subían las escaleras por las que se accedía al estudio.

En el fondo, la mujer pretendía destensar el ambiente agrio que parecía haberse instalado entre ellos. No podía dejar que su vida personal afectara a la laboral.

Él iba detrás de ella.

—Gracias. Navidad no es Navidad sin un buen abeto.

El lugar de trabajo del pintor estaba muy bien iluminado, una luz clara como el día se derramaba por el ambiente. El olor a productos relacionados con la pintura llenó las fosas nasales de la mujer; al principio se mareó, pero pronto se acostumbró.

Bruno, con un gesto leve de cabeza, señaló el cuadro.

—Le estaba dando los últimos retoques —dijo él con el orgullo artístico del que habla de su obra como si fuera su hijo recién nacido—. Aún me queda un poco, en un par de horas lo tendré listo.

Margot lo miró; incluso vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca manchada de un sinfín de colores, no perdía aquella esencia masculina

que la atraía con una fuerza brutal y le hacía temblar las carnes. Sin atreverse a abrir la boca por miedo a que él notara algo, trató de expulsar los sentimientos que la influenciaban tanto y que, como una avalancha, se habían apoderado de ella. Pero no pudo. Deseó con toda su alma que él actuara como siempre lo había hecho cuando se veían en la intimidad. Que la abrazara. Que la besara. Que le dijera a media voz lo mucho que ansiaba verla. Que le susurrara al oído lo que le haría después, cuando la luna iluminara sus cuerpos desnudos y se convirtiera en cómplice de pasión. Sin embargo, nada era como antes, las cosas habían cambiado de un día para otro en el momento en que ella le confesó su amor y él la rechazó.

No obstante, algo no encajaba; un hombre libre de responsabilidades y de compromisos sentimentales debería dar una imagen de felicidad y sosiego. Pero no era el caso de Bruno, que mostraba una frialdad y una sonrisa tristona punzantes; parecía contrariado y, aunque no sabía el motivo, tampoco se lo preguntaría. Ella no estaba acostumbrada a verlo de aquella manera; desde el día en que se conocieron, habían congeniado a la perfección, y esa unión –al menos dentro de ella– se había ido condensando poco a poco como algo único y hermoso. Anheló borrarle aquella expresión tristona con un beso, aunque fuera uno sencillo, de una compañera a un compañero. Sin embargo, se detuvo nada más dar un paso y se regañó mentalmente. Más le valía mentalizarse de que no había nada entre ellos, y que tampoco habría ninguna relación de amistad tan pronto se fuera de París después de Navidad. Todo vínculo estaba roto. Y nada cambiaría, ni el espíritu navideño tenía tanto poder.

Margot se quitó su sobrio abrigo gris y lo dejó sobre un *puf* que había detrás del caballete donde estaba el lienzo que el pintor estaba terminando. Mientras, Bruno contemplaba los movimientos de ella con cautela, como si de aquellos gestos pudiera sacar conclusiones. Cuando ella levantó la cabeza, sus ojos se encontraron. Se sostuvieron la mirada, ninguno de los dos habló. Entonces, un espeso silencio cayó sobre ambos como si un vendaval de invierno se hubiera desatado en el interior del cuarto. Tanto Margot como Bruno eran conscientes del dolor que cada cual sentía: ella, por desear una relación y él, por no poder dársela.

—Lo siento —dijo Bruno de manera sencilla y clara.

En realidad, él era demasiado consciente del sufrimiento que le había provocado. No se atrevió a decirle más, pues ¿para qué disfrazar una disculpa con vanas excusas? Ya se conocían lo suficiente para que ella entendiera que era sincero y que no había sido su intención lastimarla.

Margot se acercó al cuadro, dio unos pasos atrás para tener una mejor perspectiva, pues por experiencia sabía que la distancia daba vida a los cuadros. Bruno no decepcionaba, tenía un estilo muy particular, manejaba el surrealismo de una manera exquisita y sin estridencias. En aquel lienzo había un rostro desfigurado y alargado, como si se estuviera difuminando en la tela. Lo rodeaban centenares de pequeñas formas geométricas, que no encajaban entre ellas. A diferencia de la figura principal, esos objetos tomaban una consistencia nítida en la obra y, gracias a la técnica artística tan espectacular de él, parecía que quisieran salir fuera del cuadro a gran velocidad, como si fueran armas que tenían la intención de destruir todo a su paso.

—¿Que ves cuando miras el cuadro? —preguntó él mirándola.

—Una persona que va desapareciendo debido a sus pensamientos destructivos. Es una metáfora magnífica de lo que es en realidad el ser humano. Te felicito, me encanta.

Bruno sonrió agradecido; al momento, le dio la espalda y siguió dando los últimos retoques a su obra. Cogió el pincel, empapó las cerdas con acuarela negra y empezó a dar toques aquí y allá. El hombre oyó los pasos de la mujer acercarse.

—Sé que no deberíamos hablar de nuestra exrelación —expuso ella, tomó aire antes de continuar—. Esta mañana quedamos en eso, pero necesito explicarme. Yo te amo...

Él la interrumpió.

—Margot, por favor.

Esa vez fue ella quien lo detuvo.

—Deja que termine, no es lo que piensas. —Guardó silencio; al ver que él también lo hacía, dedujo que podía continuar—. No me escondo de lo que siento. En el fondo, no quería aceptarlo, pero, sin querer, permití que mi amor por ti floreciera y tú eres tan maravilloso.

—No era mi intención darte falsas esperanzas, de veras; si di esa impresión, lo siento.

—¡Ya basta de disculparte, no sé cuántas veces lo has hecho ya! No hay necesidad, no tienes que pedir perdón por no sentir nada por mí. Quiero que sepas que lo entiendo; de hecho, el amor y el cariño no se imponen. Tal vez has tenido la impresión de que quería hacerlo, pero te juro que no es así.

Por las venas del hombre circuló un escalofrío. Él siempre había pretendido quedarse en el umbral de su corazón; con todo, había calculado mal y había dejado que el destino jugara sus cartas. Sin darse cuenta, y sin pretenderlo, había

abierto el corazón de Margot y se había alojado en él. Por un momento se quedó paralizado y dejó de pintar, aunque sostuvo el pincel entre los dedos con una fuerza inusual en él. Le dolía verla sufrir porque él mismo había padecido el desamor en su carne, y no era agradable.

Pero tenía que ser realista pues no quería pasar por el mismo infierno del pasado, cuando se casó con una mujer que, como Margot, también le había confesado amarlo con locura. Y él se había creído su dulce promesa, una promesa que apenas duró unos meses, el tiempo que tardó en enamorarse de otro. La mentira, implacable como siempre, había contaminado cada uno de esos «te amo» que su esposa había pronunciado, y que había destruido cuando lo abandonó, dejándole una nota de despedida encima la cama.

Luego, el sabor amargo de la frustración, la culpa y el odio había aprovechado su buena suerte para conquistar todo sentimiento interior. Le hicieron falta muchos años a fin de purgar aquel dolor que casi lo mató, solo tuvo su arte en el cual vaciarse. Al menos, alguna cosa buena había salido de todo aquello, pues reconocía que, sin la traición de su exesposa, jamás se hubiera atrevido ni tan siquiera a pintar un cuadro. De todas formas, el eco de la desesperación sufrida aún se mantenía muy vivo dentro de él. De modo que no podía bajar la guardia y caer de nuevo en el mismo error. Había hecho la promesa de que jamás se volvería a enamorar.

—Hablas de amor con una tranquilidad... como si fuera lo más normal del mundo —escupió él con sarcasmo, se dio la vuelta y la miró de frente. Llevado por las emociones angustiosas de un desamor pasado, no tomó conciencia de que, quizá, estaba siendo injusto, y no calculó las palabras, ni el tono con el que dijo a continuación—: ¿Cuánto te durará? ¿Hasta que te canses y encuentres a otro? ¿Te crees que no sé cómo son las mujeres? Son caprichosas por naturaleza.

Una gota de acuarela negra cayó al suelo, pero ninguno de los dos le prestó atención. Margot solo era consciente de que sus palabras fueron como agua hirviendo cayendo sobre ella.

—No sé con qué clase de mujeres has estado antes, ¿te has molestado siquiera en conocerme?

—preguntó con la misma dureza que él había hablado.

Bruno se tensó. No estaba siendo razonable, pues culpaba a Margot de los pecados de otra. La necesidad imperiosa de que lo comprendiera se afianzó en su cabeza. Si bien no hablaba nunca con nadie de su pasado, con ella se atrevía, necesitaba que ella lo comprendiera. En el fondo, estaba la intención de darle una explicación de por qué no podía corresponder su amor.

—Ya estuve casado una vez, apenas tenía veinte años —dijo Bruno, la sorpresa en el rostro de Margot fue evidente, tenía los ojos abiertos de par en par y sus labios se habían apretado entre sí y había formado una mueca recta—. No duró ni un año, pero yo la amaba de verdad, por tanto, sé lo que es el desamor tan bien como tú. No entraré en detalles, pero sufrí el dolor de un divorcio que me dejó secuelas que, por suerte, pude curar a través de la pintura. Qué irónico que mi fracasado matrimonio me haya llevado al éxito como pintor. Sabes, cambiaría todo lo que soy ahora mismo por borrar el amor que sentí por aquella mujer, es algo que no deja de perseguirme. Hace tiempo que juré no volverme a enamorar nunca más.

No tuvieron que pasar muchos segundos para que una sorprendida Margot comprendiera muchas cosas. Bruno se había cerrado a la posibilidad de una relación porque en el pasado lo habían traicionado. Aun así, no entendía su punto de vista, pues había hecho un valor de juicio que perjudicaba a cualquier mujer simplemente por el hecho de serlo. Bruno estaba proyectando las cenizas de su dolor en cualquier fémina. No estaba siendo justo, dado que no todas eran iguales, de igual modo que los hombres tampoco lo eran. Aunque en el fondo, lo comprendía: a nadie le gusta sufrir, y muy pocos perdonan al culpable de su dolor. La verdad era que nunca había tenido ninguna oportunidad de llevar adelante una relación con él.

### CAPÍTULO 3

Margot estaba delante de él sin mover un músculo, estaba pálida y descolocada. Segundos más tarde, se recuperó.

—A veces hay que probar la amargura de un fruto para apreciar la dulzura de otro. Bruno quiso justificar su rechazo a una relación seria.

—Solo hace unos meses que nos conocemos, es poco tiempo para que sentimientos como el amor cuajen, lo tuyo lo veo más como un capricho.

El pintor dejó el pincel en un bote que contenía agua ya enturbiada.

—¿Un capricho? —replicó con sorna ella—. ¿Acaso tiene que haber un tiempo prudencial para todo? No lo necesito para saber lo que siento, yo sé lo que quiero y lo que no. Tengo las cosas claras, mi amor no es un capricho.

—Yo también las tengo claras, Margot, muy claras.

—¿Claros? Ooooh... deja que lo ponga en duda: lo que estás haciendo es huir.

—No estoy huyendo.

—Entonces, si no huyes, ¿qué demonios estás haciendo? —Margot hizo una pausa casi desesperada, tenía las manos a los costados y cerró los puños en un gesto automático—. Dime que no sientes nada por mí y te juro que no te hablaré más del tema.

Esa vez fue Bruno el que se mantuvo callado, se tomó unos segundos para calibrar en el silencio de su mente sus palabras. Ella lo miraba con el ansia del que espera una respuesta importante. Por un momento, solo por un fugaz momento, se planteó luchar contra su pasado y darle una oportunidad al futuro, pero se sentía como un guerrero ataviado de algodones que, a la primera batalla, caería derrotado. No se sentía fuerte y dudaba que alguna vez lo estuviera.

Margot seguía a la espera, los segundos se estaban haciendo interminables. Por fin él habló, pero ni de lejos fue lo deseado.

—Ya te dije esta mañana que me gustas mucho, y que si tú quieres... La chica lo interrumpió.

—No, no continúes, no es eso lo que quería escuchar. El pintor asintió con la

cabeza.

—No quiero hablar más del tema. Podemos pasarlo bien juntos, es lo que te propuse esta mañana y es lo único que estoy dispuesto a darte, no insistas.

Bruno se estaba enfadado, lo mostraba con un tono autoritario que no admitía réplica. Pero, en realidad, la dura realidad, era que no estaba enojado con ella, sino con él por dos motivos: el primero, porque deseaba estar con Margot a su manera. Y el segundo, porque no se atrevía a complacerla por miedo a otro fracaso.

—¿Ves? Tengo razón —afirmó con rotundidad la chica—. Huyes, te da miedo vivir, a veces vivir significa arriesgar. ¿O eres de los que se conforman con mirar cómo los demás luchan por un futuro mejor?

La mujer estaba siendo dura, pero demasiadas emociones en carne viva implicaban que, de tanto en tanto, fuera difícil de controlarse.

—Ya basta, Margot, no me obligues a decirte algo que nos pesará a ambos después. Me estoy controlando.

Ella estaba desatada, difícilmente lo iba a dejar estar.

—Te niegas a sentir, a vivir, porque eres un cobarde que ha decidido huir.

—¡Maldita sea! —explotó al límite—. No se trata de cobardía, sino de guardar mi corazón en un lugar seguro.

—¡No me hagas reír! Es lo mismo dicho de otra manera más bonita y, si me permites una crítica, incluso parece una excusa de lo más cursi. Pero no por eso dejas de ser un cobarde.

Fue tan rápido el movimiento de mano de Bruno, que a duras penas Margot logró darse cuenta de que la agarraba del brazo y la pegaba a su cuerpo. Él no dijo nada, se limitó a contemplar su rostro de mujer, y aquellas facciones de princesa, que escribían versos en su interior, fueron un bálsamo. Entonces, su furia se diluyó como un azucarillo para convertirse en algo más que pasión. No quería reconocer que sentía más por ella de lo que había pretendido. Cuando la conoció la atracción sexual por esa fémina fue fuerte, tan fuerte que no había deseado a ninguna otra mujer desde entonces. Aquello le había provocado una revolución poderosa de emociones que nunca creyó posible. Margot se le escurría entre los dedos, y sabía con certeza que la perdería para siempre. Pero no tenía esperanza de sacar adelante una relación; solo de pensarlo, la frustración se revolvía en sus tripas como un maldito gusano.

El pintor fue consciente del calor que emanaba el cuerpo de Margot y una sensación abrumadora se apoderó de él.

—Por favor, déjame besarte —pidió el hombre con una voz rota de dolor,

apretándola un poco más entre sus brazos.

Margot agrandó sus ojos, fue consciente del sufrimiento de su tono, era como si tuviera una lucha con él mismo. Su propio enfado se evaporó al instante, su lugar fue ocupado por preocupación y compasión. Su mirada descendió a los labios masculinos y fueron un imán para su corazón roto.

«Solo un beso —se dijo—, no hay nada malo en un beso». Alzó la vista y asintió con la cabeza, pues era incapaz de articular palabra.

Así pues, el artista la miró profundamente a los ojos y se hundió en aquellos luceros de verano, limpios, azules y resplandecientes, que sin darse cuenta iluminaban las sombras de sus días y la oscuridad amarga de sus noches. Porque sin ella nada sería igual, se daba cuenta de que no habría paz en su alma. Alzó la mano, y sus yemas acariciaron su cabello rubio, después descendió al rostro que mimó con delicadeza. Él pudo sentir cómo la vida latía bajo sus dedos y miles de campanillas sonaron a su alrededor. Se entretuvo cincelando aquellos labios esponjosos, de tacto suave y delicioso sabor, culpables de su desesperación. La pasión caminó por su cuerpo de hombre y conquistó cada centímetro cuadrado de carne viril. No pudo dominar aquella necesidad salvaje que lo llevaba a un horizonte inalcanzable.

Bruno se acercó tanto a ella que respiró de su aliento, ni un susurro tenía cabida entre los dos cuerpos. Derramó su amor con un pequeño beso, y con otro beso, y con otro suave beso en las comisuras, como si se tratara de esparcir embriagadoras gotas de vino. Al momento, lamió con la punta de la lengua los rebordes femeninos saboreando su textura carnosa como un manjar delicioso. Margot no era inmune a tan impecable seducción, y gemidos de gozo latieron en su interior.

Enredó sus dedos en los cabellos castaños de Bruno y su anhelante boca salió al encuentro de sus labios compañeros, pidiéndole en silencio un profundo beso. Las lenguas se unieron, la calidez y la furia del contacto alimentaron el fuego del deseo. Los cuerpos se apretaron más y las curvas de ella se amoldaron a la perfección a la dureza masculina. Se amaron con frenesí, como si no hubiera presente ni futuro.

Después, las bocas se separaron, pues la necesidad de llenar sus pulmones de aire los obligó a ello. Se miraron borrachos de amor mientras resuellos de placer llenaban el aire; los corazones de los amantes se estremecieron y un calor animal se coló en sus sexos. El beso no había bastado, de hecho, había sido apagar un fuego con gasolina pues, lejos de extinguirse, se había propagado por cada poro de piel. Necesitaban sentirse, encontrarse entre sábanas para arder de deseo.

Bruno deseaba, por encima de cualquier cosa, sentirla cerca, explorar con su lengua cada porción de piel, llenarla con su carne, besarla hasta perder la razón. Ansiaba y necesitaba explicarle con su cuerpo que no le era indiferente, y de pronto se sorprendió aceptando una verdad de la que, hasta ese momento, no había sido consciente: sentía mucho más por ella, y eso que sentía iba mucho más allá del deseo carnal que su cuerpo reclamaba. Por un instante, la cabeza empezó a darle vueltas, pero pronto pasó y, desesperado, su ansia cobró forma en palabras y dijo:

—Quédate esta noche conmigo.

—¿Y hacer lo de siempre? Y después... ¿qué?

Bruno apretó los labios y supo que se había equivocado al pedirle que pasara la noche con él, el beso se volvió amargo en su boca y tuvo que tragar saliva para que se esfumara aquella sensación. Margot se separó bruscamente de él. El silencio reclamó un espacio, en el ambiente se palpaba la amargura. Las manillas del tiempo, afiladas como arpones, avanzaban despedazando los segundos uno detrás de otro. La sombra del pasado envolvió al pintor como si de un oscuro traje se tratara, todo era tenebrosidad y frustración en su corazón. No podía dar el paso que ella le pedía; de acuerdo que acababa de admitir en su interior que sentía por ella más de lo que hubiera creído jamás. Pero lejos quedaba la intención de dar el paso definitivo.

—Sabes muy bien —empezó a decir él— que lo nuestro estaba condenado a no durar demasiado. No tiene sentido alargar algo que no llegará a ninguna parte, prefiero guardar los buenos recuerdos que tengo de lo nuestro.

Margot estaba pálida y no cesaba de parpadear, obligando a sus ojos a retener las lágrimas. Bruno se dio cuenta, quiso consolarla, pero hacerlo significaba dar por hecho que sentía mucho más por ella de lo que le contaba y no quería descubrirse. Inmediatamente, le dio la espalda, cogió de nuevo el pincel y siguió con el trabajo de terminar su obra.

La mujer sabía que la ignoraba adrede, eso lo hacía todavía más doloroso, pues él había dado el tema por zanjado para siempre. Aun así, se atrevió a increparlo.

—Está bien, haz como los avestruces, que esconden la cabeza bajo tierra.

Margot se quedó allí de pie a la espera de alguna reacción, pero Bruno siguió utilizando su indiferencia como arma. No negaba que se sentía herida y desolada, no entendía como él había pasado de besarla con una pasión diferente a otras ocasiones, a despreciarla sin miramientos. Hubo un tiempo en que ella había mirado el mundo con ojos transparentes y una sonrisa en los labios, en que la mentira no había existido y los sueños habían sido alcanzables. Pero de

aquello ya hacía más de una década, cuando el empuje de la juventud y la vitalidad, que traía consigo cada nueva aventura, convertía los imposibles en metas alcanzables. Había sido una época de imaginar y anhelar, momentos que habían permitido alimentar el corazón con metas lejanas, que se cumplirían con los años.

Sin embargo, en aquella fase de su existencia, le sucedía lo contrario. Ya no se trataba solo de aceptar que había sueños imposibles, sino que sobrevivir en el día a día era todo a lo que se podía aspirar. Ella anhelaba algo que ni el espíritu de Navidad le podía dar. Ni siquiera las artimañas de Cloe podían hacer nada más. Debía afrontarlo si no quería acabar como Bruno, que no ha sabido afrontar el dolor de una relación rota.

—Me tengo que ir, Bruno, no ha sido buena idea venir, ahora lo sé. Él seguía dándole la espalda, dando pinceladas aquí y allá.

—Cierto, no ha sido buena idea invitarte. Cuando termine el cuadro, pediré que lo envíen a Galerie Topaze para que lo expongas un par de días antes del sorteo. Eso atraerá a más gente dispuesta a participar y venderemos más números de los esperados.

—De acuerdo. Y por favor, mantente alejado de mí, necesito olvidarte... Será mejor que, a partir de ahora, nos ciñamos a lo estrictamente laboral.

Bruno se tensó, cogió el pincel con tanta fuerza que lo notó crujiir, estaba a un suspiro de romperse. La idea de no verla hasta el día de la rifa, que era cuando ella también se marchaba para siempre, lo dejaba casi loco de desesperación. Aunque no tardó en darse cuenta de que, quizá, era lo mejor. Tal vez si no la veía, esa desolación que lo mataba lentamente desaparecería para siempre.

—Estoy de acuerdo, si hay alguna cosa, nos llamamos por teléfono.

Dicho eso, Bruno escuchó como Margot agarraba el abrigo, no le hizo falta darse la vuelta para saber que ella tendría los labios torcidos en una mueca de rabia y que se estaría abotonando el abrigo con movimientos violentos.

—Buenas noches —dijo Margot.

—Buenas noches.

El golpe de la puerta le indicó al hombre que ella ya se había marchado. Aún con la furia circulando por sus venas, Bruno cogió el pincel y lo empapó de color rojo. Empezó a cubrir el lienzo con pinceladas de dolor. Hizo lo mismo con el tono azul, y con el amarillo, y con el verde, y con el añil. Después de vaciar su tristeza, dio su obra por terminada. Se sintió como la figura central del cuadro, casi diría que era él quien se difuminaba por culpa de sus malos pensamientos, que solo pintaban dolor en su alma.

Se preguntó si alguna vez podría crear cuadros utilizando la felicidad como fuente de inspiración. Aquella palabra le escoció, no porque no le gustara, sino porque a la cabeza le vino la imagen de Margot. Sus sentimientos por ella se estaban metamorfoseando de una manera sorprendente. Al principio solo los habían unido los lazos seductores de la carne, pero esa necesidad primaria de sentir había alimentado otra mucho más profunda. Ni con su ex había experimentado la comunión profunda que percibía cuando estaba cerca de Margot. Amor... ¿Se había enamorado de Margot? Una palabra sencilla, corta y que había pronunciado tantas veces en el pasado y que, sin embargo, la tenía atascada entre pecho y garganta. Era incapaz, siquiera, de amasarla en su boca.

Estaba perdido. Darse cuenta de la intensidad de sus sentimientos lo hacía sentirse débil y vulnerable; pues no podía permitir salir herido de nuevo. Demasiadas incertidumbres moraban por su cabeza como para no tenerlas en cuenta. Con toda probabilidad, Margot se cansaría de amarlo, porque nada era eterno, solo la muerte gozaba con la promesa de «para siempre». En tal caso, no quería los mismos juramentos marchitos, ni las promesas vacías del pasado, y dudaba mucho que el amor de Margot fuera diferente. Era intrínseco en el ser humano la capacidad de cansarse de lo poseído y, cuando Margot se diera cuenta de ello, buscaría nuevas aventuras que alimentaran su corazón. Y eso lo asustaba hasta desesperarlo.

Por su parte, ella, ajena a la lucha existencial de Bruno, caminó hasta su coche acompañada del eco de las palabras del pintor resonando en su cabeza. La verdad podía ser muy amarga, y más cuando el único consuelo que recibía era el de las lágrimas derramadas por sus ojos. Alterada, se apoyó en su vehículo y se tomó un tiempo para calmarse. Dejó que el aire nocturno refrescara sus emociones. Una pequeña ráfaga de viento, parecida al aleteo de un ángel que surcaba el cielo, sacudió sus cabellos rubios. Los árboles que rodeaban el hogar de Bruno se agitaron, sus desnudas ramas silbaron tenuemente y esparcieron en el aire una delicada melodía que sonó a canto de sirena.

La mujer alzó la mirada en busca de consuelo en el firmamento. Miró la luna y ningún sentimiento agradable acudió a su mente. Odió aquella belleza plateada y blanca, llena de misterio, amiga de la oscuridad y enemiga de la luz, cómplice de enamorados y de ladrones. Todo su mundo interior se derrumbaba y no sabía cómo renacer de las cenizas.

\*\*\*

Margot y Cloe habían acudido a las Galerías Lafayette de París para realizar las primeras compras navideñas de la temporada, un lugar de culto para quien le gustara la moda y el glamour. No era casualidad que fuera el centro comercial más visitado del mundo. La belleza abundaba en todo su esplendor en cualquier rincón. Su majestuosa arquitectura destacaba por sí sola, los artistas implicados se habían esmerado y habían creado un ambiente a palacio y a riqueza desmedida. Su magnificencia se veía en cada detalle, y una de las cosas que llamaba más la atención era el vestíbulo ubicado bajo una cúpula de cristales tintados, símbolo del edificio, por donde entraba la claridad diurna y se creaba un juego de luces espectacular. En el centro se encontraban las enormes escaleras, otra de sus peculiaridades destacables, inspiradas en las que había en la ópera Garnier. Los espacios para tiendas y comercios evocaban los bazares orientales, por tanto, sus productos estaban a mano de los clientes.

No obstante, en Navidad, las Galerías Lafayette se convertía en un espectáculo de luces y escaparates con escenas navideñas, donde los muñequitos en continuo movimiento explicaban un cuento. No había año que el lugar no derrochara magia, una magia que contagiaba a compradores y a curiosos con ganas de admirar el arte que evocaba cada representación.

La muchachas habían hechos casi todas sus compras, era media tarde, habían pasado, más o menos, tres horas dando vueltas de un lado a otro. Estaban cansadas y un poco saturadas del bullicio que acompaña siempre unas galerías comerciales en plena ebullición navideña, por lo que se pusieron de acuerdo para sentarse en un bar a tomar alguna cosa. Cloe llevaba puestas unas lentillas amarillas, el contraste con su pelo rojo y su vestido verde césped daba una imagen surrealista que no pasó inadvertida por el camarero que las atendió. Sin embargo, como las mujeres estaban acostumbradas, no le dieron importancia, se limitaron a sonreír en complicidad.

Cloe pidió un helado y Margot un capuchino con extra de nata.

—Solo tú puedes ir en contra de todo y todos —dijo Margot siguiendo con la mirada el recorrido de la cuchara repleta de helado de chocolate, que su amiga se estaba llevando a la boca—. Me dan escalofríos solo de verte comer helado.

—Mmmm... ¡Qué rico está!, no sabes lo que te estás perdiendo. —Llenó otra vez la cuchara de dulce y se lo ofreció a su amiga—. ¿Quieres probarlo?

—Gracias, pero no. Con el frío que hace no me tomaría ninguno aunque me lo regalaran —afirmó removiendo su bebida caliente.

—¿Tienes frío? —preguntó cuando vio que su amiga pegaba las palmas a su taza.

—Un poco, tengo las manos frías.

—Reconozco que ha refrescado mucho es esta última semana, ¿has escuchado las noticias?

Han dicho que tal vez nieva para Navidad. ¿Te imaginas? ¡Unas navidades blancas!

—Sí, muy bonito —dijo en un tono desanimado. Cloe la miró preocupada.

—Parece que no te hace ilusión. Siempre te ha gustado la nieve.

—Y me gusta, pero este año... Su compañera la interrumpió.

—Bruno es el culpable. No me digas que mi plan perfecto no ha salido bien.

—¿Tu plan perfecto? No me hagas reír, le contaste una retahíla de mentiras.

—Pero lo que importa es el resultado, no la manera de llegar a él.

—¡No digas tonterías!, si me hubiera marchado cuando lo decidí, me habría ahorrado muchos disgustos.

—Entonces ¿el espíritu navideño no ha funcionado? Margot negó con la cabeza.

—Ni funcionará.

Le hizo un resumen a su amiga de lo sucedido con Bruno el día anterior cuando acudió a su casa. Tuvo que detenerse varias veces a respirar, pues el dolor le provocaba que su lengua tropezara de vez en cuando. Las lágrimas estuvieron cerca de derramarse, pero la mujer recurrió a su fuerza de voluntad para detenerlas. Sí, de acuerdo, era un manojito de pesares y decepción; con todo, no renunciaría a superarlo. Debía mantenerse firme y marcharse cuanto antes a fin de que el olvido hiciera su trabajo. Por eso había tomado una decisión que omitió contarle a su amiga.

—No tenía ni idea de que Bruno hubiera estado casado —dijo una sorprendida Cloe—. Nunca ha contado nada, ni cuando le han hecho entrevistas.

—Siempre ha sido muy discreto con su vida privada. De hecho, no entró en detalles, solo comentó, muy por encima, que sucedió cuando era muy joven. Su esposa lo dejó por otro y no ha podido superarlo.

—Lo siento, Margot, pero continúo pensando que Bruno te quiere.

—¿Nunca te das por vencida? Bruno me ha repetido, una y otra vez, que no quiere embarcarse en una relación.

—Pero le gustas.

—Que le guste no quiere decir que me ame.

—A veces me pregunto cómo puedes ser tan tonta y a la vez tan lista en tu trabajo. Lee entre líneas.

Margot rio.

—Definitivamente el tinte rojo te ha quemado las neuronas.

—¡Jolines, es que hay que explicártelo todo! Bruno es un hombre muy atractivo, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Además, está entre los solteros más cotizados.

—¿Y?

—Pues que tendrá un ejército de mujeres guapas y disponibles, pero resulta que le gustas tú.

—Eso no quiere decir nada, los hombres que no quieren responsabilidades van de flor en flor.

—Mmmmm, lo pongo en duda. Desde que te conoció no lo he visto por las revista decotilleos con otras mujeres. Además, a ti te ha contado algo muy personal y doloroso. ¿Te crees que se lo debe contar a cualquiera? Ni tan siquiera su gente más allegada lo sabe, si lo supieran, hubieran vendido la exclusiva en la prensa del corazón. Se ha fiado de ti, Margot, y eso lo dice todo. Dale otra oportunidad.

La aludida bebió de su capuchino mientras meditaba en lo que le contaba su compañera. La verdad era que no era una conclusión estúpida. Se dejó llevar por un instante, una brizna de esperanza se posó en su corazón, pero una bocanada de realidad se la llevó lejos.

—Por un momento me has hecho dudar, Cloe, pero él no me ama. Mejor que todo se quede como está, es la manera de que nadie sufra.

—Me vas a obligar a echarle una mano.

—¡Ni se te ocurra! —Margot se puso seria—. Por favor, Cloe, prométemelo. Solo quiero olvidar y empezar de nuevo.

Su compañera hizo una mueca torcida.

—Está bien, definitivamente el espíritu navideño va a tener que hacer horas extras. Margot rio, su peculiar amiga nunca iba a cambiar.

—Y ahora quiero informarte de algo muy serio. Su amiga tenía una cucharada de helado en la boca, tragó antes de hablar.

—¿Es una mala noticia?

—Después del sorteo, me voy, ya he comprado el billete.

Cloe abrió la boca de par en par y la miró a ojos cegarritas, censurándola con su expresión furibunda.

—Me dijiste que te marchabas después de Navidad —comentó con dureza.

—No puedo... —A la mujer se le saltaron la lágrimas, Cloe se las limpió con su dedo—.

Duele, duele mucho... —susurró en un tono roto y tembloroso.

Cloe fue consciente del dolor que mantenía a su amiga en una celda fría y oscura, no la iba a presionar.

—Entonces ¡tendremos que aprovechar el poco tiempo que nos quede por pasar juntas! La vitalidad que desprendía su amiga relajó a Margot.

—Por cierto —habló Margot—, tu árbol de Navidad es tan horrorosamente feo que, con las bolas puestas, cintas y demás adornos, ahora parece una grotesca figura salida de una pesadilla navideña.

Margot cogió el móvil y le enseñó una foto, Cloe alargó el cuello en dirección al aparato para tener mejor perspectiva.

—¡Qué poca imaginación la tuya! —exclamó esta—. Con lo mono que está tan arregladito.

—¡No me lo puedo creer! ¿Una crítica de arte como tú ve belleza en esto? —La mujer le puso el teléfono delante la cara, a solo un dedo de distancia—. Si se enteran en la revista para la cual trabajas, sin duda te despedirían al instante.

—De hecho, se me ha ocurrido hacer un reportaje sobre el pobre arbolito y lo titularé «La antinavidad».

Margot estalló en carcajadas, la gente de su alrededor se giró y, empujados por el buen ambiente que reinaba, también se unieron a la felicidad. La Navidad tenía eso... contagiaba sonrisa. Margot agradecía que su amiga fuera de aquella manera, con ella todo era desparpajo y buen rollo. Le había levantado el ánimo, que buena falta le hacía.

Las muchachas terminaron con sus consumiciones, Margot pudo disfrutar de otro par de horas en las Galerías Lafayette y aprovechó para comprar obsequios para la familia. Incluso llegó a olvidarse de Bruno y su desamor. El espíritu navideño sin duda tuvo algo que ver.

## CAPÍTULO 4

Era media mañana, Margot estaba de rodillas, sentada sobre sus talones, frente al estrafalario árbol de Navidad de Cloe. Había decidido llevarlo a reciclar, que lo fundieran e hicieran otro objeto más provechoso era un final de lo más digno. Pero antes de eso debía quitarle las bolas de Navidad, los lazos, las figuras y las luces, pero «desadornar» aquella escultura metálica, sin sentido de la estética, estaba resultando más tedioso de lo que nunca hubiera pensado. Con lo fácil que hubiera sido comprar un abeto sin más, no obstante, a su compañera le encantaba complicarse la vida, o mejor dicho, complicársela a ella.

Empezó quitando las cintas y las luces, después siguió con las bolas de colores y las dejó a un lado. Eran tan delicadas y frágiles que, cuando tuvo unas cuantas, cogió una caja de plástico transparente donde las guardaría envueltas en papel de diario. En aquel instante oyó que alguien tocaba con suavidad la puerta.

—Soy Bruno, Margot.

—Pasa.

El hombre abrió la puerta, las bisagras chirriaron un poco, cerró de nuevo una vez que hubo entrado.

—He recibido tu whatsapp y he venido enseguida.

—Tampoco tenía tanta prisa, solo era para comentarte un asunto. Ya sé que la última vez que nos vimos nos pusimos de acuerdo en solo relacionarnos laboralmente. Pero me han hecho una propuesta y creo necesario comentártelo en persona. Además, somos adultos, y debemos pensar en nuestras responsabilidades y dejar a un lado lo personal.

—Me parece bien.

Bruno se acercó al lugar donde ella estaba arrodillada y la observó. Llevaba puestos unos vaqueros oscuros, unas botas marrones y una camisa blanca. Su cabello rubio lo tenía recogido en una cola, dejaba su rostro descubierto y se podía apreciar con mucha claridad sus mejillas redondeadas. Su maquillaje era muy discreto, al igual que su manera de vestir y actuar. Cualquiera otro la hubiera

tachado de remilgada, sin embargo, él lo veía como parte de su sensualidad sencilla, que explotaba como un volcán cuando él la tocaba. La echaba de menos, tanto de menos que cuando vio su mensaje en el teléfono su corazón se había acelerado. Había dejado lo que estaba haciendo, se había vestido a toda prisa con unos vaqueros, una sudadera y unos zapatos de diseño deportivo, y había acudido a la llamada con la precipitación de un adolescente en su primera cita. Incluso había conducido con su coche por París como un loco. En verdad, había sido un milagro que no lo multaran.

Bruno dejó de prestarle atención a ella para fijarse en lo que estaba haciendo. Vio en el suelo un surtido de adornos navideños y una estructura metálica horrorosa.

—¿Qué representa que es eso? —dijo señalando la figura. Margot levantó la cabeza y lo miró.

—Un árbol de Navidad, eso es lo que me ha dicho Cloe. Una carcajada espontánea brotó de la boca masculina.

—¡Va a hacer falta mucha imaginación para adornarlo! —dijo el pintor con humor.

—Era lo que había hecho, pero he decidido quitarlo de aquí, me duelen los ojos solo de verlo.

—Buena decisión.

Ambos sonrieron, sus miradas se solaparon, sus interiores vibraron; Margot temió sucumbir a ese hombre que la atraía demasiado.

—Supongo que tienes prisa, así que no te entretendré demasiado —dijo ella.

—No te preocupes, hoy tengo el día libre.

No era verdad, pero para Bruno todo quedaba relegado a un segundo plano... excepto Margot, pues la necesidad de estar a su lado crecía en su corazón cada día un poco más. Él permanecía delante de ella; esta seguía de rodillas, sentada sobre sus talones. El hombre se dio cuenta de que rascaba con suavidad la caja de plástico transparente que tenía entre sus manos, un gesto instintivo que evidenciaba su nerviosismo. En el fondo, un sentimiento de agrado lo cubrió por completo; le gustaba la idea de que fuera él el motivo de su turbación, pues significaba que no le era indiferente. La había rechazado y por lógica debería detestarlo, odiarlo y convertirlo en su mente en un monstruo de tres ojos. Pero no parecía que fuera así. Quizá cuando le confesó que lo amaba lo decía de veras... Bruno reprimió su conciencia, ya que, dicha reflexión, no tenía cabida en su mundo, puesto que su exmujer le había demostrado la realidad de los sentimientos de una manera dolorosa. No quería equivocarse de nuevo, no podía

dejar que pasara, así de simple y de fácil. ¿Fácil? Empezaba a dudarlo. No imaginaba el futuro sin Margot y darse cuenta de ello lo perturbaba sobremanera.

Margot se levantó, dio la espalda a Bruno y se dirigió a la mesa. Él quedó hipnotizado con su movimiento de cadera; cuando caminaba ella era muselina en movimiento, su cuerpo tenía un ritmo hipnotizador. ¿Cómo podía una mujer sin atavíos sofisticados, y nada eróticos, provocarle un deseo tan feroz? Empezaba a entender la idea de muchos especialistas de moda, que decían que la ropa no vestía a la persona, sino que era al revés. La esencia de Margot brillaba por sí sola, y dotaba de una sensualidad fresca a todo lo que ella tocaba.

La mujer agarró una tarjeta de presentación, se dio la vuelta y se la alargó a Bruno; el hombre se acercó y la cogió.

—Esta es la tarjeta de Jolie Ferrec, directora de una entidad sin ánimo de lucro, que ayuda a niños con problemas. Me ha preguntado si querrías repartir los juguetes entre los niños, vestido de Papá Noel.

Bruno fijó su mirada en la tarjeta, pensó en la propuesta. La verdad era que no tenía que pensar mucho, la idea le gustaba, y mucho. Se guardó el trozo de cartón en el bolsillo de atrás de sus vaqueros.

—Vale, de acuerdo, no tengo ningún problema si tú me ayudas. Podrías disfrazarte de reno

—sugirió con humor el pintor.

Ella, en otras circunstancias, hubiera reído solo de imaginarse la escena, sin embargo, ya nada era como antes y debía proteger su corazón al precio que fuera. Cuanto menos tiempo pasara con Bruno, mucho mejor. De hecho, había tomado decisiones de última hora en un intento de poner kilómetros entre él y ella. No tuvo reparo en hacérselo saber.

—Lo siento, no podré ayudarte. Te dije que me encargaría de la logística del sorteo y todo lo que conlleva un evento como ese, pero después ya es cosa tuya lo que hagas o dejes de hacer. Telefonaré a la directora y le haré saber tu decisión. Estará encantada.

El corazón del hombre dio un vuelco; ella hablaba en un tono frío, como si fueran desconocidos que cierran un negocio. No le gustó el sentimiento de pérdida que experimentó su corazón.

—Te lo pido como un favor personal —rogó el pintor en un intento de revertir la situación.

—No puedo, Bruno. A decir verdad, ya he reservado un billete de avión, me marcho después del evento.

El varón quedó momentáneamente aturdido, aquella noticia había sido como

recibir un cubo de agua helada. Puso los brazos en jarras, como si estos pesaran toneladas. Se sentía irritado consigo mismo por no poder articular palabra, una sensación que se acrecentó en sus tripas revueltas al no poder encontrar ningún argumento de peso para hacerla cambiar de opinión. Su mundo de fantasmas pasados anunciaba peligro, pero no un peligro para ella, sino para él: iba a perder a Margot para siempre. Durante unos segundos largos, se aguantaron la mirada, el hombre se obligó a recuperar el sentido antes de que fuera demasiado tarde, y entre telarañas y oscuridad intentó no derrumbarse delante de ella.

—¿Tan pronto? —dijo él al tiempo que hurgaba en su mente en busca de alguna solución poderosa que la hiciera cambiar de opinión—. Dijiste que te marchabas después de las fiestas navideñas.

—Lo sé, pero mi madre ha insistido... —Y era cierto, hablaba con ella muy a menudo por teléfono y, como madre que sufre por sus hijos, detectó su dolor e insistió en que la visitara—. Quiere que pase la Navidad en familia, de modo que pasaré un par de días con ellos, después pondré rumbo a un nuevo comienzo. Además, no tengo nada que me retenga aquí, salvo Cloe, y ella pasará las fiestas con su familia.

—¿Y yo no te sirvo? —dijo a la desesperada.

Margot no supo qué pensar, su rostro mostró estupefacción. Bruno se dio cuenta y, de pronto, le vino a la cabeza una idea, suspiró aliviado, pues ya daba por hecho que aceptaría.

—No entiendo... —masculló la mujer.

—Bueno, yo también tengo obligaciones familiares el día de Navidad, pero para fin de año me han invitado a una fiesta muy selecta, debemos dar la bienvenida al nuevo año tal como se merece,

¿te apetecería ser mi acompañante? Puedes anular tu billete de avión y dejarlo para más adelante.

Bruno dejó que un suspiro de impaciencia escapara por entre sus labios, la mujer fue consciente de ello. El hombre no dejaba de mirarla a la espera de una respuesta positiva. Si tenía que ser sincera, tal propuesta la había dejado descolada porque él jamás la había invitado a ningún evento de aquellas características. Hacerlo quizá hubiera significado avanzar en una posible relación, pero al instante se sacó tales pensamientos de la cabeza. Había tomado una decisión, y se mantendría firme: no quería tener nada que ver con Bruno pues su dolor crecía a pasos agigantados cada vez que lo veía. No podía, simplemente no podía aceptar su invitación.

—Gracias, pero no.

Bruno se acercó a ella, Margot echó a andar en sentido contrario, no quería tenerlo cerca. Sin embargo, él reaccionó rápido y, de pronto, se vio atrapada entre los brazos del pintor. Le había rodeado la cintura con su poderoso brazo, el dedo índice de la otra mano lo había posado en sus labios.

—Por favor, no digas nada —rogó el artista—. Piénsatelo, medita en ello durante unas horas y después me das una respuesta.

Los ojos negros de Bruno eran terciopelo acariciando su alma, todo su cuerpo de mujer experimentó el elixir de la pasión, su piel se erizó bajo sus ropas. Sin quererlo ni desearlo, el abrazo de él se filtró muy adentro y tuvo la impresión de que había escondido sentimientos profundos bajo aquella proposición. Los alientos calientes de la pareja se intensificaron, sus corazones incrementaron el ritmo. Por un momento Margot estuvo tentada a sucumbir; con todo, la realidad de que ellos no eran nada y que ningún sentimiento los uniría jamás acudió en su ayuda.

Mientras, Bruno ya había retirado el dedo y, cuando comprendió que la iba a besar, giró su rostro con rapidez. El pintor se encontró con la mejilla de ella, aspiró el aroma delicioso de su piel satinada y le dio un casto beso. Después, se separó y dio un paso atrás, era demasiado consciente de que había fracasado en su intento.

—Nada de lo que diga o haga te hará cambiar de opinión, ¿verdad? —alegó Bruno con voz temblorosa.

Margot quiso decirle que solo una cosa la mantendría en París para siempre: que él la amara como lo hace un hombre con ganas de forjarse un futuro junto a la mujer escogida. Pero guardó silencio porque sabía que nunca la vería como una pareja con la cual pasar el resto de su vida.

Por su parte, Bruno entendió aquel silencio como la confirmación de que nada la haría cambiar de opinión. Se esforzó en no mostrar su desolación, sabía que en las próximas horas se derrumbaría y no quería hacerlo delante de ella. Y lo primero que tenía que hacer era marcharse cuanto antes.

—Está bien —dijo él—. Me pondré yo mismo en contacto con Jolie Ferrec para ultimar los detalles. Ahora me tengo que ir.

Bruno echó andar cuando lo detuvo la voz de ella.

—Que tengas un buen día.

El pintor giró el rostro, solo lo justo para verla de refilón.

—Y tú también.

Se marchó a paso precipitado, Margot se acercó de prisa al gran ventanal, lo vio subir en el auto e irse a toda velocidad. Las lágrimas salieron a raudales por sus

ojos azules, el llanto sacudió sus hombros y su alma mientras miraba la torre Eiffel.

París, la ciudad del amor, menos para ella.

\*\*\*

Bruno había telefoneado a Jolie Ferrec, la directora de la entidad que se encargaba de ayudar a niños vulnerables a las injusticias sociales. Si bien dejaron muy avanzado el tema de repartir juguetes el día de Navidad entre los críos, con varias llamadas telefónicas, se citaron para unos días después, pues necesitaban reunirse con el objetivo de decidir los últimos detalles. El momento del encuentro llegó; Bruno tenía ganas de conocer a Jolie, se trataba de una mujer mayor con mucho vivido debido a su trabajo y con una experiencia que a muchos les gustaría tener. Desde el primer momento, se sintió muy a gusto con ella y acabó por invitarla a comer. Le hizo gracia la manera de tratarlo, muy maternal, y supuso que debía ser por el hecho de que se relacionaba con niños. No pudo evitar recordar a su madre. Él, una persona reservada, se sorprendió conversando con la anciana como si hiciera toda una vida que la conocía.

Una cosa llevó a la otra y cuando estaban saboreando los postres, una tarta *far bretón*, que estaba deliciosa, se encontró ultimando los detalles para otro nuevo proyecto. Se había comprometido a dar clases de pintura, totalmente gratis, a niños con padres sin recursos económicos. La verdad era que la idea lo había entusiasmado desde el primer momento pues ayudar a personitas que podían ser futuros pintores lo revivía de una manera especial. Tanto que se estaba dando cuenta de que la satisfacción que siempre lo había embargado con cada éxito conseguido no era nada comparada con lo que experimentaba en aquellos instantes.

Después del almuerzo se fue a casa. Se tomó un café expreso y, mientras miraba el líquido marrón oscuro con espuma por encima, se le ocurrieron muchas ideas. Lo cierto era que ese día estaba inspirado debido al buen rollo que había experimentado con la anciana. Su cabeza era un estallido de colores e ideas, y ya estaba en su estudio escogiendo un lienzo para empezar con una nueva obra. Fuera llovía y hacía frío, de vez en cuando se descolgaban del cielo copos de nieve. Echó un vistazo al exterior; todo era semioscuridad, sin embargo, su abeto alumbrado de miles de colores había conquistado la noche. Contempló un buen rato el juego de luces, se dio cuenta de que todo su mundo

de opulencia y fama había quedado en un segundo plano. Necesitaba más y la chispa había sido el proyecto de enseñar a futuros pintores. Casi podría decirse que había comenzado una nueva etapa en su vida, una más satisfactoria y productiva, al menos para él.

Cierto que su vida estaba dando un vuelco a mejor, además, no podía dejar de pensar en Margot como parte de ese cambio. Aquello lo ponía nervioso, pero, por otra parte, la necesidad de contarle cómo se sentía se hizo enorme dentro de su cuerpo, casi no podía respirar. De modo que dejó el lienzo que quería empezar a pintar para otro momento, se duchó y se vistió con unos pantalones de lino gris y una camisa color teja, todo ello lo hizo en tiempo récord.

Eran casi las siete de la tarde cuando Bruno aparcó en un *parking* que había cerca del apartamento donde vivía Margot, en el corazón de Le Marais, uno de los barrios más de moda de París. En aquella zona estaba la Plaza des Voges y también se hallaba la que fuera la casa del escritor Víctor Hugo. Bruno tuvo que pasar por delante para llegar al apartamento. Sin embargo, cuando estuvo frente a la puerta, a punto de llamar por el interfono, meditó si era buena idea. Habían decidido solo comunicarse cuando los asuntos laborales lo hicieran necesario y, si tenía que ser sincero consigo mismo, no le hacía una visita de trabajo, sino que quería pasar un rato con ella, hablarle de sus cosas porque le hacía falta. Cuanto más lo pensaba, más fuerte se hacían las ganas de marcharse y dejarlo todo como estaba; era lo más inteligente.

La lluvia seguía cayendo, sus gotas rebotaban en su paraguas negro abierto, el hombre cabeceó maldiciendo su indecisión. Se puso nervioso y, a pesar del mal tiempo y del frío, decidió dar una vuelta por las calles históricas que había por la zona. Se arrebujó en su abrigo marrón, levantó el cuello a fin de proteger su nuca del frío y sacó los guantes de piel que llevaba en el bolsillo. Una vez colocados, se adentró por el lugar; caminaba sin destino, perdido en un mar de conjeturas sin pies ni cabeza. Deseaba con toda su alma ver a Margot, explicarle sus nuevos proyectos pues, de alguna forma, ella formaba parte de ellos. Sabía que era una conclusión estúpida, dado que nunca habían mantenido una relación formal y se imaginó teniendo una.

Sin embargo, pronto dejó a un lado tal pensamiento, ya que el fantasma de su mujer apareció como un halo helado; la sola idea de que le ocurriera lo mismo con Margot se indigestó en su alma y lo hizo temblar. De pronto, le llamó la atención una pareja que caminaba por la acera de enfrente. Solo tenían un paraguas y ambos se abrazaban a fin de refugiarse de la lluvia, reían y él la atrajo hacia su cuerpo para darle un beso en los labios. Los siguió con la mirada un

buen rato hasta que desaparecieron después de girar la esquina. No pudo remediarlo y el ansia de verse de aquella manera junto a Margot se convirtió en un deseo profundo.

El pintor siguió andando por la calle, ajeno a la gente que se cruzaba en su camino, al aguanieve que caía en aquellos instantes, a los escaparates navideños bellamente decorados y al jolgorio que traían consigo unas fechas tan señaladas. Sin darse cuenta, se encontró de nuevo frente al portal de acceso del apartamento de Margot. Estaba hecho un lío, sus sentimientos hacia ella iban mucho más allá del deseo físico. Había otra necesidad que no tenía relación con lo sexual, sino con compartir el futuro con ella, una posibilidad que se hacía cada vez más grande. Lo curioso era que no se había dado cuenta del calibre de sus sentimientos antes, cuando pasar una noche haciendo el amor con ella era todo a lo que aspiraba. Sin embargo, casi podía dar por seguro, en aquellos instantes, que ya no se conformaría con tener lo mismo que tenían antes. Aun así, el miedo de que Margot lo abandonara, tal como había hecho su antigua esposa, lo obligó a dar pequeños pasos; un riesgo mínimo que le permitiría salvaguardar su corazón en el caso de que fracasara. Al día siguiente se celebraba el sorteo y también era cuando ella, después del evento, se marcharía para siempre. Esa realidad era llagas en su estómago, y dolía; no podía dejar que ella se fuera, debía intentar que se quedara de alguna manera.

Al instante, una idea cruzó su mente como si fuera un rayo de esperanza surcando el cielo. Tal vez sería tentador para ella que la hiciera partícipe de sus proyectos. De esa manera podrían estar juntos, sería un buen comienzo; de acuerdo que no de la manera que ella ansiaba, pero era un primer paso.

## CAPÍTULO 5

**B**runo se armó de valentía. A pesar de los guantes que llevaba puesto, tenía los dedos entumecidos y le dolían. Cerró los puños y los abrió repetidamente unos segundos, la sangre circuló y pareció calentarle los dedos.

Después, llamó al timbre, su sonido largo y seco no fue suficiente para esconder el golpeteo de sus latidos, que se habían intensificado debido a lo nervioso que estaba.

—¿Sí? —preguntó la mujer al otro lado del interfono.

—Hola, Margot, soy yo, Bruno.

Hubo un silencio por parte de ella, al que siguió una respiración pesada.

—¿Qué haces aquí?

Él estaba tan alterado que no sabía qué explicar, así que dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Pasaba por aquí y pensé hacerte una visita.

Otro silencio, el hombre escuchaba con claridad la respiración agitada de ella.

—Creo que no es buena idea, es tarde, acabo de bañarme y tengo intención de irme a dormir ahora mismo. Mañana será un día largo.

Bruno lo sabía también muy bien. Al día siguiente se celebraba el sorteo y, después, ella cogería un avión para marcharse lejos. Sus ganas de verla crecieron todavía más, no dudó en rogarle.

—Por favor...

Ella lo interrumpió.

—Dijimos que solo tendríamos una relación laboral. Son casi las once de la noche, es mejor que te vayas a tu casa a descansar también, debes coger fuerzas para mañana.

Bruno miró su reloj. Cierto, eran casi las once, no había sido consciente del tiempo mientras deambulaba por Le Marais. De todos modos, iba a insistir cuantas veces hicieran falta.

—¿Dejarás que me quede aquí fuera toda la noche? Te advierto que no pienso

marcharme hasta verte, y estoy muerto de frío, está cayendo aguanieve.

Esa vez percibió un suspiro de resignación.

—Solo diez minutos, después te vas.

Dicho eso, presionó el portero automático. Bruno cerró el paraguas y lo dejó en un paragüero que había en un rincón, que el conserje muy amablemente le señaló. No se entretuvo en llamar al ascensor, subió por las escaleras con una agilidad asombrosa. El haberse salido con la suya le había dado alas.

Cuando llegó a la puerta indicada, se la encontró abierta, Margot estaba junto ella envuelta en un albornoz blanco, tenía el cabello rubio mojado peinado hacia atrás, su cara fresca y joven quedaba descubierta, al igual que su mirada recelosa, tan expresiva y verdadera que sus ojos eran dos faros de luces azules.

—¿Por qué no has subido por el ascensor?

Bruno jadeaba un poco debido al esfuerzo. Aun así, le había venido bien pues su cuerpo había entrado en calor.

—Me apetecía hacer un poco de ejercicio.

Estaba mintiendo, su tono divertido lo delataba. Margot lucía una media sonrisa, por suerte ella no insistió, pues confesarle que sus prisas eran por verla lo violentaba un poco.

—Anda, pasa —dijo ella apartándose a un lado.

Bruno ya había estado en otras ocasiones en el apartamento de Margot. La decoración seguía la línea minimalista de su despacho y la manera de vestir de ella. Los colores neutros daban amplitud al espacio, y los pocos muebles y la escasa decoración creaban una atmósfera de libertad. Cuando estuvieron en el interior de la entrada, la fémina cerró la puerta. Bruno se quitó los guantes, los puso en el bolsillo de su chaqueta y la colgó en el perchero plateado que había clavado en la pared, cerca de un espejo rectangular. Un intenso aroma a flores invadía el espacio, era dulce y embriagador. Bruno supo que se trataba del champú de ella, le encantaba. Entonces se dio cuenta de que cerca de la puerta de entrada había una par de maletas y tres cajas cerradas con celo. No pudo evitarlo y se puso muy nervioso.

—¿Ya has hecho el equipaje?

El pintor había preguntado lo evidente y se recriminó en silencio, era la ansiedad que lo había vuelto idiota.

—Es lo normal, ¿no? Mañana me voy, no puedo dejarlo para última hora.

—Me contaste que pasarías un par de días con tu familia para celebrar la Navidad, pero después ¿a dónde vas?

—Lejos.

Margot enrollaba el cinturón de su albornoz en el dedo en un gesto inconsciente, pues se sentía incómoda debido a la conversación, aunque de ningún modo iba a decirle que se iría a New York con la intención de abrir una galería de arte y empezar de nuevo. Su objetivo en la vida, en aquellos momentos, era poder olvidarlo.

Por su parte, Bruno supo que era obvio que ella quería guardar el secreto y se sintió mal. Conociéndola como la conocía, deducía que sería un lugar muy lejano, aquello le provocó un malestar agudo. Estaba tan claro como el agua que quería perderlo de vista para siempre; pero no le podía recriminar nada dado que se lo había buscado. Y bien merecido lo tenía.

—Pasemos al comedor —lo invitó ella con un gesto de mano—, la entrada no es un lugar cómodo para hablar, ¿no crees?

—Claro que sí. Gracias —dijo él cruzando por una puerta doble que daba a la estancia que ella mencionaba.

Bruno y Margot estaban uno frente al otro, las moléculas del ambiente vibraban de expectación. La luz tenue de una lámpara que había en una mesa auxiliar al lado del sofá iluminaba el rostro del hombre. Ella contuvo la respiración, se sintió desbordada, pues la combinación de luces y sombras daban profundidad a sus facciones y hacían resaltar su masculinidad. Sin embargo, lo que más la impresionó fue su mirada negra, una mirada cargada de un fuego que iba mucho más allá del deseo sexual y que no había visto en él hasta ese momento. Notó que la adoraba con sus pupilas abiertas al máximo, y tenía la sensación de que él la mecía en sus brazos. Su piel hormigueó de arriba abajo y un calor delicioso se apoderó de ella.

—¿No me vas a invitar a tomar nada? —habló él.

Margot salió de sus pensamientos. Primero sonrió y esa boca curvada fue miel caliente en las emociones alborotadas de él. De pronto, sus nervios no lo fueron tanto y encontró un oasis de tranquilidad en su interior.

—¿Te va bien lo de siempre? ¿Vino? Me queda una botella, pero no tengo quesos, he vaciado la nevera, mañana me voy y no tenía sentido comprar nada.

—No te preocupes, el vino me va bien.

Margot desapareció un momento. Cuando regresó llevaba dos copas y una botella, que dejó encima de la mesa redonda del comedor. Sacó un sacacorchos del bolsillo.

—Ábrela tú —pidió ella alargándole el artilugio.

Bruno así lo hizo, en un momento sacó el tapón de corcho y el chasquido seco que hizo resonó en el ambiente. Inmediatamente después vertió un poco de vino

en cada copa y le ofreció una a ella.

Margot removió el líquido dentro de la copa con un movimiento circular de muñeca, al momento lo olió. Su aroma a barril de madera, trufa y brezo extasió su nariz.

—Mmmmm, huele delicioso —dijo ella. Llevándose el borde la copa a los labios, bebió una pequeña cantidad y lo saboreó en el interior de la boca—. Está buenísimo.

El pintor no podía apartar la mirada de ella, sus movimientos suaves y su manera de catar el vino evocaba a una sensualidad serena. Bruno se imaginó besando sus labios a fin de saborear el líquido, sin embargo, pronto vetó su mente. Tuvo miedo de que su cara mostrara el deseo que sentía por ella y se dio la vuelta, se acercó a la ventana y miró el exterior sin verlo. Dio un sorbo al vino.

—Muy bueno —corroboró él.

El hombre se volteó y en ese instante Margot se dirigía al sofá gris merengue que estaba ubicado pegado a la pared izquierda. Se puso cómoda, cogió un cojín y lo abrazó descuidadamente, como si con aquel gesto quisiera protegerse de él. Bruno la observó quitarse las zapatillas para poner los pies encima del sofá y arrebujarlos bajo su cuerpo. No pudo evitar centrar su atención en el albornoz, que en un descuido se había abierto por la parte de abajo, sus piernas habían quedado descubiertas. Al hombre se le cortó la respiración.

Bruno y Margot se sostuvieron la mirada, ambos tomaron otro sorbo de vino. El pintor se acercó adonde estaba ella y se sentó en el sillón que había perpendicular al sofá.

—Bueno... ¿y qué te trae por aquí? —preguntó la chica.

Margot se estiró para dejar su copa de vino en la mesita de centro que estaba delante de ella.

Bruno hizo lo propio.

—Tenía ganas de hablar contigo un rato —comentó él.

—¿De algo en particular?

—De una noticia que me gustaría compartir, se trata de un nuevo proyecto que me hace una ilusión especial.

—¿Un nuevo cuadro?

—No, es algo completamente diferente.

—¿Y de qué se trata?

—Telefonee a la directora de la entidad que me mencionaste, ya sabes, a Jolie Ferrec.

—Es una mujer encantadora, ¿te fue bien?

—Sí, mucho, nos pusimos de acuerdo enseguida, es fácil con esa mujer.

—Entonces, ¿repartirás los juguetes?

—Claro que sí, ya te lo dije. Pero no solo en eso nos pusimos de acuerdo Jolie y yo.

—Ah, ¿no?

Margot se sentía intrigada, buena parte de la culpa la tenía él, ya que su tono alegre y vital la había contagiado.

—No. Me propuso otro proyecto...

Bruno se estaba divirtiendo, era tanta la curiosidad que veía en los ojos azules de ella que quiso jugar un rato. La mujer pareció darse cuenta y le tiró un cojín a modo de venganza, él lo agarró al vuelo y rio.

—¡No seas malo y dime de qué se trata!

—Es un proyecto que, para ser sincero, me entusiasma, tanto que ni yo mismo me lo creo.

—Eso es bueno, ¿no?

—Para mí, sí.

—Háblame de él, ¿me tienes en ascuas!

—Daré clases de pintura a niños cuyos padres no tengan recursos para pagarlas. Ayudaré a pequeñajos a desarrollar su creatividad.

—¡Oh, vaya! El espíritu navideño existe. Bruno arrugó el entrecejo.

—¿Espíritu navideño? Dices cosas muy raras.

Margot estalló en carcajadas, era una risa alegre, preñada de la más absoluta felicidad. A Bruno le encantaba verla así, podría quedarse viéndola reír toda una vida, era un regalo para sus ojos y sus oídos. En aquel momento, ella tiró la cabeza atrás dejando su cuello expuesto a su mirada. Bruno deseaba posar un reguero de besos en aquella piel fina y tan blanca como la nata. Su cuerpo se estaba revolucionando y le costaba mantener su excitación controlada.

Margot tenía la nuca apoyada en el respaldo del sofá, cuando su carcajeo se hubo calmado, se volvió a acomodar en el sofá. Esa vez dejó que los pies colgaran del borde de su asiento. En su rostro se reflejaba la alegría, sus ojos azules eran la viva imagen de lo bien que le había sentado aquel momento.

—No me hagas caso —mencionó ella—, la culpable es Cloe, que me contagia con sus tonterías.

—Tendría que haberme dado cuenta de que era un invento de ella. Pero me gusta eso del espíritu de la Navidad.

Margot se estaba animando por momentos, siempre había tenido con él un

*feeling* particular y muy poco habitual.

—¿No me digas? ¿Así que crees en el espíritu de la Navidad?

—¿Por qué no? Todos tenemos deseos por cumplir, yo tengo uno ahora mismo.

—Acompañó tal afirmación con una mirada penetrante: la desnudó con la mirada—. Esta es una buena época para pedirlos.

La intensidad que estaba cobrando la conversación puso nerviosa a Margot. Apreció en los ojos negros del hombre que corría peligro de salir lastimada de nuevo. No perdió tiempo y empezó a encauzar la conversación a un terreno más seguro.

—Volviendo a lo anterior, me alegro que ayudes a los niños.

—Y yo, y me gustaría que me ayudaras...

La mujer no quería continuar con aquella conversación, vio un imaginario peligro escrito en la frente de Bruno, de modo que lo interrumpió.

—No, Bruno, mañana me voy. Además, te he ayudado con el sorteo, tal como te prometí. Entiéndeme, nada me liga a París, quiero seguir con mi vida.

Bruno se levantó y se arrodilló frente a ella, acunó sus manos pequeñas entre las grandes de él.

—Primero escúchame —suplicó el pintor.

—No quiero escucharte, entre nosotros todo ha quedado claro y yo he tomado una... Bruno ignoró sus palabras y la silenció besando las palmas de su mano, alzó la vista y se encontró con la mirada de ella. Bajo sus pestañas anidaba un brillo capaz de provocar los más largos suspiros. La deseaba con locura, en aquel instante, al día siguiente, y al siguiente, a todas horas.

—¿Te imaginas haciendo subastas de las obras de los pequeños pintores con el fin de recoger dinero para costearles sus estudios universitarios? Este proyecto podríamos hacerlo juntos.

A Margot se le saltaban las lágrimas, pues esa parte solidaria de Bruno era desconocida para ella. Aquello hizo que lo amara más todavía, si cabía. Pero, por otro lado, él no la amaba, así que no tenía sentido seguir en París, hacerlo sería autolastimarse.

—Bruno, no me mezcles en tus compromisos.

—Por favor, piénsatelo hasta mañana, al menos.

—No hay nada que pensar, mi decisión es firme. Además, yo no formo parte de tu vida. Como tú dijiste, no somos nada; por tanto, no tiene sentido que, después de todo lo que hemos hablado del tema, acepte.

—Pero algunas cosas entre nosotros cambiarían, formarás parte de mi vida si llevamos a cabo este proyecto; de alguna manera, estaremos juntos.

—Por lo que más quieras, Bruno, no seas patético, vaya manera de estar unidos... Es un quiero, pero no puedo. Tengo la impresión de que me ofreces migajas y ambos sabemos que ese tipo de relación se basa en revolcones entre sábanas. No es eso lo que yo busco.

Margot quería que él se fuera antes de terminar peleándose, pues dolía y no quería sufrir más de lo necesario. Alzó sus manos en un intento de evitar las de él, ya que sentía que su calor la devoraba. Su mirada enfocó el reloj que había en el mueble, que estaba pegado a la pared de enfrente. Eran las once y media de la noche, sería la excusa perfecta.

—Será mejor que te vayas —pidió ella, su voz casi temblaba—, es tarde y necesito dormir, además, te he dicho solo diez minutos y ha pasado ya media hora.

—No quiero irme, te necesito.

—Bruno, por favor, ya basta —exigió.

Cuando notó que las manos del hombre se introducían por debajo de su albornoz para acariciarle los muslos, quiso apartarlas. Pero ya era tarde, pues había quedado enredada en el deseo sin remedio.

Margot contuvo el aliento, la intensidad de la caricia la dejó visiblemente desarmada.

—Sé que te gusta lo que te hago... —murmuró él.

Un calor vivo la abrasó por dentro. Bruno deslizó su lengua por la piel de sus muslos. Abriéndose paso entre su albornoz, los dedos masculinos treparon por sus piernas. A esas alturas Margot ya jadeaba, sin embargo, un pequeño brote de conciencia le advirtió de que no podía dejar que continuara. La mujer agarró el cabello del hombre y lo obligó a que se detuviera.

—*Mon Dieu!* Para, no continúes, no puedo darte lo que quieres. —Sus palabras sonaban desesperadas—. ¡Me duele por dentro!

Bruno levantó la cabeza y la miró a los ojos, ella se apresuró a bajar sus pestañas y ocultó el deseo del que era presa. Bruno siempre había tenido la habilidad de despertar en ella una pasión que iba más allá de lo razonable.

—No quieres que pare, estás temblando, sé lo que significa eso.

—Bruno...

—No voy a detenerme, me deseas tanto como yo a ti.

Dicho esto, abrió el cinturón del albornoz. Lo hizo con lentitud, sin dejar de mirarla. Ella tenía todavía los párpados bajados y gemía entre dientes. Cuando apartó la ropa del cuerpo femenino, lo adoró con la mirada. Los pechos de Margot subían y bajaban al compás de una respiración jadeante. El hombre abrió

los muslos de la mujer, su sexo rosado estaba deliciosamente brillante. Llevó sus dedos a aquella zona vertical y los hizo resbalar de arriba abajo. Margot se arqueó al tiempo que escapaba de su boca un gemido desesperado. Al principio, las yemas de Bruno acariciaban el lugar con timidez, después incrementó el ritmo. No tardó en percibir cómo su centro se empapaba de dulce tentación, miró con maravilla sus dedos cubiertos por los zumos del deseo, que lo enardecían por dentro. A esas alturas al hombre ya le apretaba su virilidad en el interior de sus pantalones. Tuvo que liberar su hombría con la otra mano, notó su dureza y su textura suave mientras la apretaba en su puño.

Bruno acercó la punta de su pene al sexo de ella y sustituyó sus dedos por aquella redondez aterciopelada. No quería penetrarla todavía, pretendía disfrutar de ella, de sus susurros jadeantes, de sus pechos hermosos, de su boca de princesa. Mientras friccionaba con su glande los femeninos rebordes carnosos, Bruno alcanzó unos de sus pezones, lo atrapó entre los dientes y lo retorció con mimo; el sensitivo lugar pronto quedó rígido y enrojecido.

Margot sentía las caricias de él y creyó estar soñando. Era hermosa la sensación que inundaba todos sus sentidos, como si flotara con la tranquilidad de saber que no iba a precipitarse al suelo. El hombre amasó sus pechos, los besó uno a uno, los adoró con la lengua y los dientes. Todo su cuerpo de mujer eran relámpagos de placer. Él la conocía y sabía cómo seducirla, cómo despertar en su interior el canto animal del apareamiento. No quiso pensar si era un error entregarse de aquella manera o no, pues su cuerpo, deseoso de mucho, apartó a un lado su mente racional y su prudencia.

Margot no opuso resistencia cuando Bruno, con su virilidad palpitante, entró en la tersa oscuridad femenina y se abrió paso entre su cremosa humedad. Una vez dentro, y acoplados en la más bella intimidad, ella lo ciñó con su placer desbordante. Bruno jadeó con fuerza y ella se sumó a la melodía sexual; la suave penetración y la retirada de su pene provocaron que ella se aferrara a los brazos de él con verdadera desesperación. Lo quería todo de él, su furia, sus embates calientes y no dudó en pedirselo entre jadeos desesperantes.

Bruno no la decepcionó y la penetró con ferocidad. Entonces, sus respiraciones se incrementaron a la par de las embestidas. Ella lo dio todo y él respondió con la misma entrega, eran dos cuerpos en plena armonía, sincronizados a la perfección. Él entraba, ella lo recibía, así una y otra vez, hasta que el mundo desapareció en una dimensión paralela a la cual ambos entraron. Y caminaron por un universo de sensaciones, y no dejaron de hacerlo hasta que sus cuerpos quedaron inundados y saciados al mismo tiempo en una liberación agónica.

Y después del último embate, todo acabó. Y los remordimientos hicieron mella en ella. Se llevó las manos a la cabeza incapaz de creer que hubiera caído en sus manos. Se había prometido no hacerlo, y haberse traicionado a sí misma la llevaba a un callejón sin salida. Se sentía como animal acorralado que busca un hueco por el que huir, y como animal acorralado no calibró las consecuencias, no meditó si el agujero que había encontrado era seguro.

Margot apartó a Bruno de su cuerpo de mala manera, lo empujó sin remordimientos. El hombre se echó atrás sorprendido por su actitud, se abrochó los pantalones y se incorporó.

—¿Margot?

El hombre estaba preocupado, pues veía furia en los ojos azules que lo apuñalaban si remordimientos.

—Vete, cállate, no digas nada.

Bruno quiso abrazarla, estaba impactado por la dureza de su voz, pero Margot le volvió a dar un buen empujón.

—¡No me toques!

Margot se colocó el albornoz con movimientos rápidos y furiosos. Se alejó de él. En su precipitación, no se puso las zapatillas y notó el frío del parqué en las plantas de sus pies. Rodeó la mesa de comedor e interpuso el mueble entre ellos. Bruno seguía de pie sin entender nada. El pintor abrió los brazos a modo de rendición, abarcando con aquel gesto un espacio que, de pronto, quedó oscuro en su mente.

—Me haces daño, Bruno. —La voz de ella sonaba a desolación—. Te importan tan poco mis sentimientos.

—No te entiendo, acabamos de hacer el amor.

—Y para ti eso es todo, ¿verdad? Sabes que te amo y te aprovechas de ello para recibir satisfacción sexual. Nunca lo entenderás porque eres demasiado egoísta. A ti solo te interesa follarme sin importarte cómo quedan mis sentimientos después.

—Eso no es cierto.

—Me has dejado claro que no quieres ninguna relación conmigo, te he pedido que me dejaras en paz y tú has insistido hasta que has conseguido de mí lo que perseguías: un último polvo.

Margot no pudo aguantarse y su llanto estalló, Bruno quiso acercarse y consolarla, pero al primer paso ella gritó:

—¡Ni te acerques!

Dio profundidad a su petición levantando el dedo índice a modo de

advertencia, fue entonces cuando él se dio cuenta de que ella temblaba.

—Margot, por lo que más quieras, cálmate y hablemos con tranquilidad.

—¿Acaso eres tan insensible que eres incapaz de darte cuenta que esto dejará marca en mí?

¿Sabes lo que me va a costar olvidarte, el esfuerzo que he tenido que hacer para mantenerme lejos de ti estos días?

—Yo quiero que te quedes en París.

—Ah, ¿sí? ¿Y podremos vivir como una pareja?

—Me estás presionado demasiado, yo no puedo darte tanto, pero podemos compartir más ratos juntos en proyectos comunes.

—Dicho de esta manera incluso parece que me estás haciendo un favor, y eso aún hace la humillación más grande.

—Estás siendo injusta.

—¿Injusta? Has sido tú el que ha venido esta noche a mí casa, te pedí que te alejaras.

Bruno sabía que estaba perdiendo la batalla. Y era que ella tenía razón, había pensado de manera egoísta, solo buscando su conveniencia sin tener en cuenta los sentimientos de ella. No tenía ni idea de cómo iba a arreglar aquel desastre, solo era consciente de que de nada servía continuar con una conversación que les dolía a ambos.

—Ahora estamos demasiados alterados. Será mejor que me marche, esta conversación no va a ninguna parte excepto a hacernos daño mutuamente. Mañana continuaremos hablando, no quiero dejar las cosas de esta manera, no es justo ni para ti ni para mí.

—No, Bruno, por lo que a mí respecta todo entre nosotros ha terminado.

—Está bien, nos vemos en el sorteo entonces.

—No, no quiero verte nunca más.

La mujer le dio la espalda, caminó hacia la ventana y se abrazó; miró el exterior y captó una imagen borrosa de la calle, pues lloraba. No quería que Bruno viera sus ojos desbordados, unas lágrimas que brotaban solas y que era incapaz de detener.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él con el corazón atascado en su garganta.

—Que no iré al sorteo, soy incapaz de hacerlo dadas las circunstancias. Le diré a Cloe que se encargue de todo, ella es tan eficaz como yo. Adiós, Bruno, hasta nunca.

Bruno sintió cómo la ira circulaba por sus venas, a su imagen acudieron vidrios

rotos, en una alegoría de su vida, también rota. Cerró durante un instante los ojos, pues le dolía mirarla; sin darse cuenta la había lastimado y se sentía el ser más mezquino del mundo. No se había dado cuenta a tiempo que su egoísmo había provocado todo aquello. La espada de Damocles había caído sobre él y, si tenía que ser justo, se lo merecía, merecía el castigo.

Bruno salió del apartamento acompañado de tristezas. En su precipitación no cogió el abrigo y, cuando salió del edificio, tampoco se acordó del paraguas. Por suerte no llovía, pero el frío era vivo y cortaba la respiración. Era tanto el pesar que llevaba por dentro que no se dio cuenta de que su cuerpo tiritaba. Se fue en busca del coche; cuando estuvo dentro puso la calefacción a tope, aun así temblaba. La realidad lo mordía fuerte, la culpabilidad lo rodeaba como una soga en el cuello. Poco a poco empezó a entender que Margot no estaba enfadada sin motivo. Ella lo amaba y le costaba un esfuerzo sobrehumano mantenerse alejada de él. En aquel momento comprendió que quisiera poner kilómetros y kilómetros entre ambos, pues el corazón, cuando no ve el culpable de sus lamentos, no sufre. Reconocía que si estuviera en la misma situación, hubiera hecho exactamente lo mismo. Para ella tener que relacionarse con él, aunque fuera por temas laborales, suponía hundir más el puñal en la herida. Margot no quería desangrarse en una larga agonía; había escogido el olvido como bandera en su vida.

Se había comportado como un desgraciado. En sus ganas por hacerla suya físicamente, no había calibrado las consecuencias. Ella había sido sincera desde el primer momento, en cambio, él la quería arrastrar a sus brazos ofreciéndole un sucedáneo de relación. Si se ponía en la piel de ella, comprendía más que nunca que la había insultado.

Bruno era una madeja maltrecha de nudos que eran congojas y lágrimas, unas lágrimas que no tardaron en abrasar sus ojos como agua hirviendo. Dolía, pero más le dolía haberla lastimado. Sentirse el culpable del sufrimiento de ella era más de lo que podía soportar, pues quería verla rebosante de felicidad, besar sus labios de princesa a todas horas, acunarla entre sus brazos... Eran tantas las sensaciones que se desbordaban por sus poros, que nunca creyó posible que se pudiera desear de aquella manera a una mujer. Y por sus miedos, debido a un abandono, se estaba perdiendo un mundo de oportunidades junto a ella. Sí, reconocía que estaba masticando su propia frustración por no haberse dado cuenta antes, y se había hecho una bola en su boca que le resultaba imposible tragar. Necesitaba buscar una solución... ¿Y si le pedía disculpas? ¿Y si se lanzaba de una vez por todas? Una relación con Margot era lo que tenía más

sentido, y lo mejor de todo era que lo deseaba.

Bruno se vistió de esperanza, pues era lo único que le quedaba. Nada en su vida tenía sentido, pues la fama, el dinero y su carrera, de pronto, no llenaron su vida. ¿Cómo había sido tan estúpido de no haberse dado cuenta mucho antes? Margot engrandecía lo que él ya era y, además, lo hacía especial, porque al tenerla a su lado la vida era maravillosa.

Bruno salió del coche dispuesto a arreglar las cosas con Margot. Enseguida notó el frío invierno adherirse a su piel. Pero no lo importó, pues estaba dispuesto a recorrer el mundo entero así lloviera, nevara, o granizara para conseguir el perdón de Margot y que le brindara una oportunidad. Qué irónico, qué cambios daba la vida. Apenas hacía unos días, él se negaba a iniciar una relación, en cambio, en aquellos instantes, estaba como loco por poder forjarse un futuro junto a Margot, o al menos intentarlo. Por experiencia sabía que cualquier relación sufría altibajos, habría momentos de debilidad, de desencanto, pero cuando el amor era profundo y sincero todo se solucionaba. Bien merecía la pena arriesgarse, pues los frutos de una felicidad en mayúsculas era el mejor premio y prometían ser sabrosos.

Siguió caminando a paso ligero, ignorando a los peatones, sorteando cualquier dificultad debido al tráfico. Los dientes le castañeteaban, se abrazó a sí mismo en busca de calor, pero ni con eso consiguió aumentar la temperatura corporal. No tardó en llegar al edificio de apartamentos, tocó el timbre una vez. Y dos. Y tres... No obtuvo respuesta. Sabía que Margot estaba dentro, con todo, seguramente sería consciente de que era él y, tal como habían quedado las cosas entre ellos, debía ser la última persona a la que querría ver. Sin embargo, no desistió, esta vez probó de llamarla por el móvil.

Bruno seguía temblando, sus dedos eran bloques de hielo, a duras penas pudo sacarse el aparato del bolsillo. Aun así, logró su objetivo. El problema surgió en el momento de desbloquearlo para marcar el número, ¡cómo dolían sus dedos cuando los movía! Suerte que la pantalla enseguida notó sus yemas y terminó por conseguir su objetivo.

Pero todo esfuerzo estaba resultando inútil pues Margot no atendía su llamada. Era evidente que la mujer había visto su nombre en la pantalla y no descolgaba. Debía asumir que ella había desconectado de su vida. Lo había dicho de veras que no quería verlo más. Se había hecho ilusiones de que dichas palabras se hubieran diluido en cuanto hubiera recuperado la tranquilidad. Pero no había sido así, la prueba era que no lo atendía ni por el interfono ni por el móvil.

Bruno entró en una frase de desesperación más que evidente. Se llevó las

manos a la cabeza y empezó a alejarse del edificio caminando de un lado a otro, como hubiera tomado un par de copas de más. La gente con la que se cruzaba le recriminaba con sus miradas y gestos. En aquel momento empezaron a caer copos de nieve, eran diminutos, casi imperceptibles. El vaho salía por su boca y se condensaba en puñados de bruma blanca. Bruno se fue otra vez al coche, una vez dentro repitió la misma operación de antes: puso la calefacción al máximo y pronto dejó de tiritar, sus dedos volvieron a la vida de una manera dolorosa.

Con la tristeza revolviéndose en el estómago, dejó caer la cabeza sobre el volante. No podía dejar de pensar en Margot y se autocastigaba por haberla perdido. Él había sido el único culpable de que ella lo hubiera sacado de su vida. De acuerdo que, tal como decían, la esperanza era lo último que debía perderse, pero la realidad se imponía tozuda. Si pudiera hablar con ella, aunque solo fueran cinco minutos..., pero Margot le había dicho que no estaría durante el sorteo, que Cloe la sustituiría en el evento. ¿Qué podía hacer?

Bruno meditó que le quedaba la posibilidad de esperarla en el aeropuerto, no obstante, no sabía el destino ni la hora de embarque. Barajó la posibilidad de hacer guardia en el lugar toda la noche y todo el día siguiente hasta verla aparecer. Con todo, descartó aquella posibilidad de inmediato, pues no podía faltar a su sorteo, sería como darles un bofetón a los niños. Por nada del mundo iba a desilusionar a miles de almas inocentes que esperaban en el día de Navidad un regalo.

Casi al instante, acudió a su mente otra alternativa: Cloe. Tal vez ella lo ayudaría.

## CAPÍTULO 6

**B**runo se dirigió al hogar de Cloe, ubicado a las afueras de París, donde vivía con sus padres. No había estado nunca, pero introdujo la dirección en el navegador y este le fue indicando el camino. Cuando aparcó el vehículo se dio cuenta de que eran las dos de la madrugada. Nadie en su sano juicio haría una visita a aquellas horas tan intempestivas, pero no le quedaba más remedio. La idea de perder a Margot era suficiente argumento para arriesgarse.

Por prudencia no llamó al timbre, sino que telefoneó desde su móvil a Cloe; solo esperaba que no lo tuviera en silencio. Una ventana de la casa, de la segunda planta, se iluminó ligeramente; aquello lo animó, pues era la prueba de que la mujer había escuchado la llamada, incluso se le escapó un suspiro. Al instante, una voz adormilada sonó al otro lado de su aparato.

—Di... diga.

Bruno advirtió lo que podría ser un bostezo.

—Cloe, ¿eres tú? Qué alivio escucharte.

—Sí, soy yo, mequetrefe, si llamas para venderme algo o para que cambie de compañía telefónica, te juro que voy a montar un pollo descomunal, que provocará que tus superiores te pongan de patitas en la calle.

Bruno alejó un poco el móvil de su oreja, Cloe gritaba.

—No, Cloe, soy Bruno.

—¿Bruno? ¡No te había reconocido!

Esa vez su tono fue más comedido. Enseguida el pintor notó que se había espabilado, ya no tenía la voz amodorrada.

—Te ha sorprendido mi llamada, supongo.

—¡Y cómo no voy a estar sorprendida, son las dos de la mañana!

—Sé que es tarde, pero necesito hablar contigo. Estoy frente a tu casa.

—¿Has venido hasta aquí a estas horas?

—Sí.

—¿Y no puede esperar a mañana? Bueno, quiero decir a una hora más decente

del día de hoy, mis padres son mayores, con problemas de salud derivados de la edad, y no quiero que se despierten.

—Es urgente, Cloe, no te lo pediría si no lo fuera. —Hizo una pausa—. Se trata de Margot.

—Está bien, para no despertar a mis padres salgo fuera y hablamos.

—Yo estoy dentro del coche.

—Vale. Hasta ahora.

Bruno agradeció la calidez que ofrecía el interior de su auto, todavía tenía el frío en el cuerpo debido al descuido del abrigo, se le había filtrado muy adentro y se le había pegado a sus huesos. Conectó la calefacción del vehículo. Su coche de lujo, al ser un modelo moderno con exclusivas comodidades, ofrecía la posibilidad de mantener una temperatura agradable sin que fuera necesario ponerlo en marcha.

Cloe no tardó en aparecer. El toqueo de un puño que golpeaba el vidrio de la ventanilla del acompañante sacó a Bruno de sus pensamientos. Cloe entró en el vehículo y se sentó.

—¡Qué frío! —fue lo primero que dijo mientras se acomodaba.

Cloe llevaba puesta una bata rosa de franela con topos rojos, larga hasta los tobillos, y unas zapatillas de conejo, cuyas orejas larguiruchas se erguían graciosamente sobre el empeine del pie. En cualquier otra circunstancia, Bruno hubiera puesto cara de jaque; no fue ese el caso en aquellos momentos, pues ni siquiera prestó atención al atuendo nocturno de la muchacha. Sus pensamientos estaban con Margot y en cómo revertir una situación que lo mantenía en un sinvivir agonizante.

—Primero de todo, quiero darte las gracias, Cloe —dijo con sinceridad el artista. La mujer no pudo evitar restregarse los ojos y emitir un pequeño bostezo.

—Tranquilo, Margot vale mis desvelos. Siento no poder recibirte en mi casa e invitarte a un chocolate caliente, pero mis padres están delicados de salud. Si se despiertan a estas hora por el ruido, se preocuparán y se pondrán nerviosos.

—No es problema, de verdad, no te apures.

—¿Le sucede alguna cosa a Margot? Está bien, ¿no?

—No, no tiene nada que ver con su integridad física; en ese sentido, cuando la dejé esta noche, estaba bien.

—¿Has estado con ella? —preguntó; la curiosidad podía con ella, le encantaban los detalles.

Los ojos negros de Bruno miraron los castaños de Cloe. Para dormir no llevaba lentillas de colores, se sorprendió porque nunca la había visto sin ellas y fue un

descubrimiento agradable, pues tenía una mirada bonita y expresiva.

—Sí, he estado con ella —confirmó el hombre.

La voz de Bruno, que era terciopelo acariciando el ambiente, y su sonrisa dulce llevaron a Cloe a deducir que la pareja había estado demasiado «juntos», de modo que decidió no preguntarle nada al respecto. Se moría de ganas de saber los detalles más íntimos, pero no era correcto o lo educado.

—Pues me alegro de que... el encuentro fuera bien.

Una sonrisa pícara escapó de los labios femeninos, Bruno supo que ella había acertado en sus deducciones. Realmente se trataba de una mujer lista en muchos sentidos, de modo que no perdería el tiempo e iría directo al grano.

—Es lo que pasó después.

—Entiendo, te ha enviado a la mierda por idiota y gilipollas.

El desparpajo de Cloe lo puso de buen humor, cosa que agradecía, pues le sirvió para relajarse un poco. No había como el buen humor para templar los nervios.

—De acuerdo, no lo niego, me ha enviado a la *merde* por lo que tú dices: por idiota y gilipollas. No quiere verme nunca más, me ha echado de su vida, incluso mañana no estará en el sorteo que ha organizado y te delegará esa responsabilidad a ti. —Contuvo la respiración, pues le dolía incluso pronunciar lo evidente—. Se va, me deja, no quiere saber nada de mí.

—No me das ninguna pena, es lo que te mereces. ¿No crees que has sido tú el que la ha abandonado? ¿Qué esperabas, un abrazo, un «gracias», o un «encantada de haberte conocido y de haber follado contigo»?

Cloe no se andaba por las ramas, eso le indicaba que, como amiga de Margot, ella estaba enterada del tipo de relación que tenían. Al instante se sintió aliviado, eso le evitaba tener que dar explicaciones y entrar en detalles.

—Eso era antes —replicó él—, Margot me importa demasiado, más de lo que nunca hubiera creído. He estado ciego... hasta ahora.

—¿Ese «importa demasiado» significa que la amas?

Amor..., esa palabra demasiado grande que muchos pronunciaban a la ligera y que confundían con un afecto superficial. La realidad era otra, pues implicaba un compromiso sincero de ser respetado y no traicionado. Por ello él jamás le diría a Margot que la amaba sin sentirlo muy adentro, ya que no hacerlo significaba fracasar y lamentarse después.

—¡Tú no tienes pelos en la lengua! —exclamó el pintor—. Me lo estás poniendo difícil. Cloe chasqueó la lengua a modo de advertencia.

—No vas por muy buen camino, *mon cher ami*.

—¿Qué quieres decir?

—Tu ambigüedad te está llevando al precipicio, si no cambias, la caída será dura. No puedes esconderte eternamente detrás del abandono y la infidelidad de tu exmujer.

—Ya veo que te ha contado hasta lo de mi fallido matrimonio —dijo en un tono recriminatorio.

No pudo evitar que su comentario sonara de aquella manera tan seca y punzante. Pero era que siempre había llevado su vida personal, sobre todo su pasado matrimonio, con mucha discreción. Salvo su familia, que eran los únicos que lo sabían, siempre había mantenido en secreto esa parte de su vida que le dolía.

Cloe, siempre certera en sus intuiciones, lo captó al vuelo.

—Quédate tranquilo, tu secreto está seguro conmigo. Jamás os traicionaría.

Bruno no podía hacer otra cosa que disculparse, hubiera entendido que ella saliera del coche y se marchara. No había sido ni educado ni justo.

—Gracias, Cloe, y discúlpame. Desde luego que hoy no es mi día. Confío en ti.

—Si te sirve de consuelo, cuando me lo contó Margot, comprendí muchas cosas de ti. Solo hay una salida a tu dilema, debes interiorizar y comprender que tu exesposa es pasado y Margot es futuro. Tú decides dónde quieres vivir.

—Ojalá fuera tan fácil.

Bruno agarró el volante con fuerza, cuando se dio cuenta de que de nada servía descargar la rabia de aquella manera, dejó de hacerlo.

—Tampoco es tan difícil, *c'est l'amour, mon cher ami* —comentó la mujer—, solo pon ambas cosas en una balanza a ver cuál pesa más. Si tienes claro que vivir en el futuro es lo que quieres, deberás darlo todo de ti, sin ambigüedades de ninguna clase.

Bruno suspiró, un suspiro largo y profundo. Empezaba a entender muchas cosas que, hasta ese momento, habían pasado desapercibidas en su vida.

—Tienes razón, las dudas son incompatibles con la felicidad.

—Exacto. ¿Estás preparado para escoger? Porque, si no es así, será mejor que dejes marchar a Margot si no quieres convertirla en una desgraciada. Además, yo no te lo permitiré.

Bruno miró el infinito negro mate que se desplegaba detrás del parabrisas. Había parado de nevar. En el silencio de la inmensidad sintió que su corazón le estaba hablando, y este había escogido ya hacía mucho tiempo.

—Quiero vivir el futuro —aclaró él.

Cloe sonrió y le palmeó la rodilla en un gesto que mostraba confianza y

amistad.

—Muy bien, tampoco cuesta tanto. Has tomado la decisión correcta, seguro que no te vas a arrepentir.

—Lo sé. ¿Sabes? Me siento raro, como liberado, no sé el porqué, pero mi pasado acaba de marcharse para siempre. Es como si hubiera descargado de mi espalda una mochila de piedras, incluso me da la impresión de estar flotando.

—*Oh là là!*, ¡eso es muy bueno! Antes de venir ¿te has fumado algo? Quiero lo mismo. Bruno estalló a carcajadas.

—Ahora entiendo por qué Margot te tiene en tan gran estima. Eres especial, Cloe.

—¡No seas pelota! —dijo con énfasis, dándole un ligero golpe en el hombro. Ambos sonrieron con humor.

—¿Me ayudarás? —preguntó el artista.

—Vale, de acuerdo, te ayudaré. —Bufó con desparpajo—. ¡Tendré que vestirme de espíritu navideño yo misma!

Bruno no dijo nada, era la segunda vez que escuchaba hablar del espíritu navideño. Si ya lo había sorprendido cuando lo pronunció Margot, en ese momento reflexionó sobre ello. Se dio cuenta de que el espíritu navideño existía porque habitaba en el interior de las personas, y estas eran las responsables de activarlo. Lo veía en Cloe en aquellos instantes por la manera en cómo le brillaban los ojos castaños ante la emoción de ayudarlo en unas fechas tan señaladas. Él mismo había despertado el suyo al decidir dar lo mejor de sí mismo en el sorteo, para que los niños tuvieran una recompensa a modo de regalo.

Era maravilloso el espíritu navideño cuando se sentía de verdad.

\*\*\*

Cloe estaba ultimando los detalles de su plan. A primera hora de la mañana había recibido la llamada de Margot. Esta le había contado, entre un mar de lágrimas, que no pensaba acudir al sorteo en Galerie Topaze, pese a haberlo organizado ellas. Por tanto, entre hipidos le había pedido, casi rogado, que se encargara de que todo saliera bien. Para Cloe no era problema, puesto que era capaz de eso y de mucho más.

Cloe la había escuchado como buena amiga que era, la había consolado y le había dado la razón en un intento de calmarla. Debía representar el papel de

amiga solidaria, ya que no era bueno, en aquellos momentos, llevarle la contraria si quería mantener la cabeza sobre los hombros. De modo que con mucho por hacer y poco tiempo, en cuanto hubo colgado, se había acercado a una tienda Dior y había comprado un vestido espectacular y sexy para Margot. Le había costado caro, pero, como socia de Galerie Topaze y crítica de arte en una revista especializada, tenía unos muy buenos ingresos. Además, su amiga se lo merecía y sería su regalo de Navidad. Quería que esa tarde luciera diferente a lo habitual para que Bruno quedara embelesado. A los hombres había que entrarles por los ojos y enseñarles lo que se estaban perdiendo por estúpidos.

Después fue al apartamento de Margot, esta no tardó en abrirle. Cloe la miró, llevaba un chándal gris y se había hecho un moño informal. Tenía los ojos inflados y ojerosos de tanto llorar; su primer impulso fue acercarse a ella. Dejó la gran bolsa con las compras que llevaba en la mano y su bolso en el suelo, y la abrazó.

—Lo siento —dijo Cloe.

Margot no pudo evitar llorar a lágrima viva, su amiga sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió las lágrimas.

—Todos los hombres son unos cerdos —escupió Margot buscando el consuelo de su amiga, después se sonó la nariz ruidosamente.

—Y que lo digas, son unos cerdos.

Mientras hablaba, Cloe sacó el vestido de su funda protectora de ropa y lo puso encima de la mesa para que no se arrugara.

Margot estaba tan enfrascada en su llanto y su frustración que no prestó atención a su amiga. Se dejó caer en el sofá y se quedó en una postura inerte, posó la cabeza en el respaldo, su mirada estaba fija en el techo.

—Bruno es igual que todos los hombres —expresó Margot.

—Sí, es otro cerdo.

Cloe se acercó y se puso delante de ella, se mantuvo de pie.

—Ya te dije que no me amaba y nunca me amaré, ¿ves cómo tenía razón? —se quejó Margot.

—Soy una estúpida por no haberte dado la razón.

El tono de retintín que había empleado su amiga la obligó a reaccionar. Se sentó correctamente en el sofá y contempló a Cloe, que vestía como un pavo real, pues los colores abundaban en su indumentaria. Pero no fue eso lo que la mosqueó, sino su cara de circunstancias y, además, tenía la mano derecha colocada en la cintura en una pose descuidada y pasota.

—Me da la impresión que me estás tomando el pelo dándome la razón —

farfulló una Margot ofendida.

—Es lo que quieres, ¿no?

Su socia reflexionó sobre ello y, echándose atrás, se hundió en el sofá.

—Sí y no

—*Oh là là!*, ¿entonces en qué quedamos? ¿Quieres que diga que Bruno es un cerdo y que no te quiere, o quieres que te diga que estás equivocada?

Margot se echó a llorar desconsolada otra vez.

—¡No lo sé!

Su compañera se sentó a su lado y la abrazó. Aquello sirvió para que se derrumbara todavía más. Pasaron cinco minutos y el hombro de Cloe se quedó húmedo debido a las lágrimas, Margot se dio cuenta.

—Lo siento, estoy estropeando tu ropa —dijo esta entre hipidos.

—No te preocupes.

Se sonó la nariz de nuevo, dejó de llorar y comentó:

—Yo quiero que la Cloe rebelde, esa que siempre me lleva la contraria y me dice la verdad, regrese.

—¿Quieres la verdad?

—¡Sí!

—¿Aunque no te guste?

—Sí, la aceptaré.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo.

—Eres una tonta por rendirte y perder un hombre como Bruno.

—¿Qué? ¡Te estás pasando!

—¡Mentirosa, me has dicho que querías la verdad y que la aceptarías!

—¡Pero no esta verdad! —dijo casi balbuceando.

—*Oh là là!* Me decepcionas.

—¡Y tú a mí!

Cloe se negaba a seguir discutiendo, por lo que se levantó y obligó a su amiga a hacer lo mismo, la cogió de la mano y la arrastró hasta la mesa donde estaba el vestido rojo de patrón liso, sin mangas, escote de barco, entallado hasta la cintura y caía en pliegues asimétricos.

—¿Te gusta? —preguntó Cloe—. Es un Dior.

—Es precioso —comentó su amiga acariciando la tela brillante como si fuera un gatito; después miró a su amiga de arriba abajo, imaginándola con aquella prenda. Por extraño que pareciera, le resultó imposible—. ¿Y qué haces comprándote un Dior?

—No es para mí, es tu regalo de Navidad, y lo vas a estrenar ahora mismo.

—Sabes muy bien que no es mi estilo, además, no voy a salir durante mucho tiempo, quizá sería mejor que lo devuelvas.

—Ni lo sueñes, *ma chère amie*.

—Estás como una cabra.

—Puede ser.

Cloe se llevó arrastrando a su amiga al baño, empezó a tirar del chándal que llevaba.

—¿Pero qué haces?

—Te vas a quitar la ropa, a ducharte y a vestirte con el vestido Dior para acudir al sorteo. Margot y Cloe empezaron a forcejear.

—¡Ni lo sueñes, no pienso ir!

Siguieron peleando, una por permanecer vestida y la otra por quitarle la ropa.

—¿Porque está Bruno? El tira y afloja continuó.

—No quiero verlo más. ¡Ya lo sabes!

Cloe se detuvo y Margot también, ambas estaban jadeando producto del esfuerzo.

—¿Por qué eres tan tozuda? ¡Deja de comportarte como una cría!

—¿Acaso no lo entiendes? —comentó compungida—. No quiero sufrir más.

Cloe dejó de pelear y se cruzó de brazos, su ceño arrugado y sus ojos entornados evidenciaban que había tomado una decisión.

—Muy bien, pues si tú no vas, yo tampoco.

Margot abrió la boca sorprendida, cuando salió de la impresión, habló.

—¡Pero qué dices! Nosotros somos las organizadoras.

—Y vamos a quedar muy mal si ninguna acude.

—¿Me estás chantajeando?

—Sí.

—¿Por qué me hace esto?

—Porque te quiero, y porque me lo agradecerás.

—¿Agradecértelo? Lo dudo. Su compañera miró el reloj.

—Son las dos, a las seis empieza el evento, debemos estar en Galerie Topaze una hora y media antes como mínimo pues hay que abrirles a los del *catering* y a los camareros. Yo me voy a arreglar a mi casa; dentro de dos horas paso a buscarte y ya puedes estar lista para acompañarme porque, si no lo estás, yo tampoco iré. Así que tú decides.

Margot se quedó quieta en el lugar, cerca de la ducha, mientras escuchaba cómo su amiga enfilaba hacia la salida del apartamento. Cuando el eco del golpe

de la puerta resonó por el interior del hogar, Margot no pudo evitar dar un sobresalto. Delante de ella, a un par de metros, estaba el espejo del tocador, medio cuerpo se le reflejaba en la brillante luna. Se miró la cara y se vio muy desmejorada, realmente su dolor había tomado forma en su rostro, un rostro que evocaba angustias y terremotos interiores. Se preguntó si el maquillaje sería capaz de esconder el cuadro gris y vacío que representaban sus facciones en aquellos momentos.

Lo sabría pronto, pues más valía que estuviera lista para cuando Cloe pasara a recogerla. Tendría que volver a ver a Bruno. De todos modos, mantendría las distancias y se escudaría entre la gente para no tener que relacionarse con él. Después de lo que había pasado la noche anterior, no tenía fuerzas para aguantarle ni siquiera la mirada.

¡Qué larga se le iba a hacer la tarde!

## CAPÍTULO 7

Los minutos pasaron. El invierno más crudo en mucho tiempo había hecho acto de aparición aquella tarde de diciembre. Nevaba copos grandes y esponjosos, que caían en un silencio hipnotizante, y a París, poco a poco, la cubría una capa de ilusión. A pesar del denso tráfico, debido a las inclemencias meteorológicas, Margot y Cloe llegaron a Galerie Topaze con tiempo de sobra para abrir a los del *catering*, que llegaron con bebidas y variados canapés, y a los camareros. Poco después apareció Bruno, Cloe le había avisado de que su plan había funcionado y, empujado por la esperanza, había acudido a la galería antes de la hora convenida.

El primer contacto visual entre Margot y Bruno se dio de inmediato, se miraron, uno con esperanza, la otra con tristeza. Inmediatamente después, el hombre fue consciente de la transformación de ella. Llevaba un vestido rojo precioso, unos zapatos de tacón de aguja y su media melena rubia destacaba en un recogido, muy moderno, con un adorno floral de piedras Swarovski. El cambió tan espectacular lo dejó sin habla y sin sentido por un momento. Tuvo que parpadear varias veces para tomar conciencia de la belleza que tenía delante, que no dejaba indiferente a nadie. Su sensualidad natural había cobrado vida. Siempre la había visto como una princesa. Y no se había equivocado.

La pareja y Cloe estaban en la sala donde se haría el sorteo, las mujeres revisaban que en los asientos de los invitados hubiera una bolsita con un pequeño detalle navideño.

—Me alegro que hayas cambiado de opinión —dijo Bruno con sencillez, intentando empezar una conversación.

Sin embargo, Margot, no quería entablar ninguna charla con él, caminaba por entre las filas de las sillas; él la seguía con la vista.

—Es mi trabajo.

—¿Estás bien?

Margot se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—No es tu problema.

La chica hablaba con dureza; Bruno supo, con una certeza dolorosa, que no se lo pondría fácil.

—Quiero hablar contigo...

El hombre había dado dos pasos hacia ella.

—¡Ya basta, Bruno! —gritó. Hasta Cloe dio un respingo, nada acostumbrada a verla así; el hombre también estaba sorprendido—. No quiero que te acerques a mí, acabemos con el sorteo y tú sigue con tu vida y yo lo haré con la mía.

—Solo te pido cinco minutos.

La mujer pretendía dar una imagen de dureza y de controlar la situación, pero la verdad era otra: por dentro, lloraba lágrimas silenciosas. En un acto desesperado, quiso huir de allí.

—Voy al baño, no dispongo de cinco minutos ni ahora ni después. Echó a andar, Bruno aceleró el paso y la agarró del brazo.

—Por favor, Margot, cinco minutos...

La fémina sacudió su brazo para deshacerse del agarre de él, y lo consiguió.

—Déjame en paz, aún me queda dignidad en el cuerpo.

Los primeros asistentes empezaron a entrar a la sala. Cloe, viendo la tensión del momento, se acercó a ellos y los recibió.

Por su parte el pintor volvió a insistir.

—Queda media hora para las seis, subamos a tu despacho.

—¿Para qué, Bruno? ¿Para follarme una última vez?

El artista maldijo entre dientes y apretó los puños a su costado, se había enfadado.

—Eso ha sido un golpe bajo —se quejó en un tono duro él.

—Me importa bien poco. Se acabó, no tengo por qué aguantarte más.

Margot fue a ayudar a Cloe, los invitados estaban llegando, cada vez eran más. En aquel momento también apareció Jolie Ferrec, Bruno agradeció que la anciana se acercara a él y lo calmara su forma de hablar particular, tan cariñosa; mantuvo una conversación muy agradable y entrañable con ella. De todos modos, no pudo evitar que el sabor del fracaso se apoderara de su boca, y a duras penas pudo articular palabra. Fue entonces cuando su amor por Margot, que se mantenía encerrado en su interior a la espera de una oportunidad junto con su deseo insatisfecho, afloró por todo su cuerpo. Aquello lo hizo sentir vulnerable y perdido, y se sumergió en un mar de suposiciones y dudas.

De tanto en tanto, su mirada negra y la azul de ella se encontraban entre el murmullo y las risas de los asistentes. Cualquier imprudente mirada brillante de

amor o cualquier susurro cariñoso por parte de él eran correspondidos con muecas de desprecio. Entonces emergía un dolor que tenía su eco en el alma y su llanto en el corazón. Incluso un café, que tomaron minutos antes de la rifa, uno al lado de otro, supo amargo, y ni el azúcar lo pudo endulzar.

Por su parte, Margot tampoco lo estaba pasando bien. No sabía cómo comportarse con Bruno; lo amaba, un sentimiento que no cambiaría del día a la noche. Se torturaba tratándolo con indiferencia y con sequedad; un comportamiento que le hacía daño a él y a ella, pero que necesitaba para marcar cierta distancia mental, a fin de no salir más lastimada todavía. Por suerte, el carácter desenfadado y el vestuario multicolor de Cloe lograron darle vida y alegría a aquel momento. Esta, para no perder la costumbre, se había ataviado con un vestido amarillo chillón —por aquello de que daba buena suerte— y, con el pelo rojo y unas lentillas exageradamente turquesas, no pasaba desapercibida para nadie. Parecía una de esas artistas excéntricas. En verdad, ella era una loca soñadora..., una increíble loca soñadora con un corazón de oro de dieciocho quilates. Si no hubiera sido por su arrojo, jamás se hubiera montado Galerie Topaze.

La hora para el sorteo se acercaba, sus minutos eran contados en voz baja por Margot, como si con ese gesto pudiera hacer que los segundos cabalgaran a galope. Ella deseaba con todas sus fuerzas que el tiempo pasara deprisa; en cambio, Bruno deseaba lo contrario. Afuera seguía nevando lo que importunaba a muchos invitados a su llegada. En la entrada de la galería, los paraguas abiertos de los visitantes se amontonaban como si una red enmarañada de capuchones de coloridas setas hubiera brotado en la calle. Sin embargo, la calidez y el éxito del interior de Galerie Topaze lograban mantener afuera el frío y la humedad de las inclemencias del exterior.

Y era que todo estaba saliendo a pedir de boca, Margot era consciente. Del mismo modo se estaba dando cuenta de las miradas que le prodigaban muchos hombres. La culpa la tenía el traje rojo, sexy y atrevido, que lucía esa tarde, algo raro en ella, pero Cloe no le había dejado alternativa. Si tenía que ser sincera, tantas atenciones masculinas la estaban poniendo nerviosa; además, no le gustaba. Margot echó una rápida mirada a su vestido. No era su estilo, ella jamás se lo hubiera comprado, pero de vez en cuando estaba bien atreverse con algo diferente. Aunque bien sabía que, cuando se lo quitara, lo guardaría en el armario y no se lo pondría más.

Margot se había calmado gracias a los asistentes que le daban ánimos, ya que muchos sabían que aquel era el último acto que realizaba en Galerie Topaze. Se

dio la vuelta buscando con la mirada a Bruno. No tardó en divisarlo: estaba cerca del cuadro, que había bautizado con el nombre de Egos, mientras conversaba con dos periodistas sosteniendo una copa de vino rosado. La mujer se separó del grupo de gente que la rodeaba y se dirigió a una zona sin bullicio para contemplarlo a placer. Estaba tan guapo con su traje Armani que no pudo evitar excitarse. Bruno había desordenado sus sentimientos de tal manera que ya nunca más podría ponerlos en su lugar. Todas las noches se despertaba buscando en la oscuridad las huellas de sus besos y la tibieza de su contacto en su piel. Ya nada era igual. El agua le sabía amarga, la luz había dejado de iluminar su camino, solo lo hacía el recuerdo de Bruno. Paz y desasosiego llenaban su alma cuando el rostro de él aparecía en sus sueños. Entonces, la alegría acudía con latidos frenéticos de su corazón. Sí, lo amaba, lo amaba con todo su ser, tanto que era como nacer cada día. Sí, lo amaba y quería cruzar el puente que había detrás de la bruma donde él la esperaba. Margot tuvo la tentación de salir corriendo en busca de Bruno y decirle que lo amaba con el corazón, que quería alcanzar el cielo junto a él y dormir en su estrellado lecho. Pero se contuvo, consciente de que entre ellos todo había acabado. Bien sabía que las garras del desamor la tenían atrapada. Ella hacía tiempo que limpiaba sus zarpazos con saladas lágrimas, no obstante, ya no tenía ninguna más por derramar. Sus ojos se habían vaciado para siempre.

La sala se llenó, todos los invitados estaban dentro, el sorteo había atraído un gran número de personas de todos los estratos sociales. Sorpresivamente, se había convertido en un acontecimiento que había llenado la prensa escrita y televisiva; por ello no era de extrañar que, entre los asistentes, hubiera periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión pendientes de captar lo mejor del evento. A pesar de que el sorteo estaba programado para las seis, hubo un retraso de veinte minutos, pero nadie pareció darse cuenta. Egos se sorteó ante todos los presentes entre una expectación explosiva de felicidad e impaciencia. El premiado, un hombre humilde que compró un boleto con la ilusión de que el espíritu navideño lo tocara con su varita mágica, estalló en carcajadas. Un cuadro del aclamado Bruno Durand representaba adquirir una joya artística de precio incalculable. Bruno, Cloe y Margot no se extrañaron cuando, una vez que recibió de las manos del artista el cuadro, el afortunado fue asediado por gente adinerada y marchantes que le hicieron ofertas de compra. Sin duda, ese hombre viviría unas navidades inolvidables.

La tarde se fue muriendo acompañada de un ambiente de nieve y frío; dentro de Galerie Topaze, los invitados degustaban los canapés y bebidas. Llegó la

noche, una noche de esas iluminadas que solo se vive una vez, pues Margot y Cloe no paraban de recibir felicitaciones por el trabajo hecho en París. Las mujeres eran queridas y apreciadas a nivel profesional y dentro del sector artístico, de modo que recibieron encargos para organizar eventos varios; incluso en lugares lejos de Galerie Topaze. Eso agradó a Margot, que vio muchas posibilidades en cuanto abriera otra galería en New York. Le garantizaba conservar clientes y un colchón de dinero para seguir adelante.

Entre tanto, Bruno recogía buenas críticas sobre su cuadro. El hombre las correspondía con una sonrisa y palabras de agradecimiento que, por otra parte, le servían para esconder su verdadero pesar, pues el miedo de que Margot lo rechazara lo asfixiaba. Y era que Bruno había tomado una decisión: esa misma noche le confesaría a Margot que la amaba y que quería compartir el futuro con ella. Su intención era empezar una relación; darse la oportunidad, poco a poco, de conocerse a fondo, con el fin de asentar las bases para una relación que él deseaba que durara toda la vida.

Margot ocupaba todo su ser y todos sus pensamientos. Giró el rostro, cuando la divisó hablando junto a unos invitados, caminó hacia ella a paso lento. Su corazón incrementó sus latidos; incluso podía sentir aquel pum-pum dentro de su cabeza como si se tratara de redobles de tambores. Se detuvo con intención de grabar en sus retinas esa bella imagen. Con aquel vestido rojo, ella estaba especialmente hermosa, radiante como nunca antes la había visto. Parecía una flor que iluminaba las ventanas de su mirada, deshojaba sus sentimientos y perfumaba con su aroma su alma rebotante. El ansia de salir corriendo en su busca, de cargársela al hombro como si fuera un salvaje troglodita para llevársela a su cueva, lo desbordó. No. No podía dejarla marchar.

En cuanto Bruno empezó a caminar para hablar con Margot, un grupo de marchantes lo detuvieron. Por educación, habló con ellos a la espera de una excusa que le permitiera seguir avanzando en su objetivo.

En la otra punta de la sala estaba Margot, miró su reloj: el momento había llegado. Ya era tarde y tenía que coger un avión. La mujer bufó, debía despedirse de Bruno, ya que no era correcto no hacerlo, de modo que alargó el cuello y miró a su alrededor. Lo detectó hablando con un grupo de marchantes de arte a los que conocía. El corazón le dio un vuelco, supo que no podía decirle adiós, simplemente, no podía porque no tenía fuerzas, y tampoco sabía de dónde sacarlas. Los recuerdos eran demasiado intensos y se filtraban por cada poro de su piel. Su fuerza de voluntad se desmoronaba, entonces el silbido agudo de la desesperación crujió en su interior y lágrimas de sangre brotaron de su corazón.

No se conformaba con un adiós, ni con un hasta luego, ni con un casto beso. Lo quería a su lado en cuerpo y alma, pero también sabía que, a veces, lo correcto era no obsesionarse y dejar libre a la persona amada. ¿Qué es el desamor, sino sacrificio, un camino lleno de barro, un cielo nublado? De modo que cambió de planes y fue en busca de Cloe para despedirse de ella. Cuando llegó a su altura, la apartó con amabilidad de entre un grupo de mujeres.

—Cloe, me voy, debo coger un avión.

Esta, que estaba dando un sorbo a su copa de champagne, se atragantó y empezó a toser, Margot le cogió la copa y la dejó encima de la mesa más cercana.

—¿Te has despedido de Bruno?

—No.

—¿Y a qué esperas?

—No lo voy a hacer, no puedo. Mejor que todo quede como está.

Esta acercó su rostro al de su amiga y la besó en la mejilla. Por un instante, Cloe se quedó sin saber qué decir, raro en ella, pues siempre tenía un comentario para todo, aunque fuera ácido. La esperpéntica mujer era consciente de que debía pensar deprisa.

—¡No! —gritó la Cloe, lo agarró de la mano—. Ni lo sueñes, estúpida, tú no te vas sin despedirte de él.

Mientras lo decía tiraba de su amiga en dirección al hombre, que todavía seguía hablando con los marchantes. Margot se detuvo y forzó a su socia a hacer lo mismo, aunque se mantenían cogidas de la mano.

—No puedo, Cloe —susurró apenada—. Deja que me marche en paz, te lo ruego.

Cloe giró el rostro, cuando vio la profundidad del dolor de su compañera reflejado en su bello rostro, en aquellas pupilas redondas y oscuras donde se divisaba dos pozos de pesar, le soltó la mano. Se contagió de aquel sufrimiento y musitó:

—Lo siento.

—Yo no, conocer a Bruno es lo mejor que me ha sucedido jamás.

—Nos volveremos a ver pronto, ¿verdad?

—Seguimos siendo socias, cuando lo tenga todo montado en la nueva galería, tendrás que venir a vivir conmigo una buena temporada. Te quiero mucho, eres parte de mi vida.

Cloe asintió con la cabeza, era incapaz de hablar y las lágrimas acudieron a sus ojos. Margot se dio la vuelta y, tras marcharse, dejó a su amiga del alma

estupefacta. Pero ella, un volcán siempre en erupción, salió en busca de Bruno, tan deprisa que parecía que la perseguían ratas y serpientes enormes. Cuando llegó a la altura de él, lo empujó sin delicadeza y dejó a los marchantes con la boca abierta. Cloe les dijo que era una urgencia y que, después, ya los recompensaría con alguna noticia jugosa sobre cuadros; el grupo de personas asintieron y sonrieron ante la expectativa. Cloe llevó a Bruno a un rincón tranquilo.

—Ponte las pilas Duracel y acelera, *mon cher ami* —dijo Cloe.

—No te entiendo.

—Si no espabilas, Margot se marchará para siempre, ¿es lo que quieres?

Cloe no dejó que la interrumpiera y le explicó lo acontecido con ella hacía un par de minutos. Bruno no podía creerse que Margot se hubiera marchado sin ni siquiera despedirse. Sintió que el mundo se resquebrajaba bajo sus pies, le dio la impresión de que el aire que respiraba eran llamas salidas del mismo Infierno. Sus pulmones quemaban, su corazón latía carreras de desesperación.

Sin perder ni un segundo, salió de la galería esquivando a los invitados como si fueran enemigos que sortear. A Bruno no le importaba nada, ni presente, ni futuro, si Margot no estaba para compartirlo con él.

En el exterior todo tenía un aspecto a Navidad de ensueño, la nieve se había posado en el paisaje, los copos seguían derramándose de las nubes como llantos de pesar, que con su inmaculado blanco lavaban los pecados de la gente. Esas bolas suaves como el algodón caían sobre el río Sena plácidamente, su tacto esponjoso dejaba huella en la ondulada superficie. Al poco, se convertían en agua que ahogaba mil palabras, pero Bruno estaba resuelto a que no ahogara las suyas.

Ya en la calle miró a un lado y a otro, coches y coches que circulaban, y gente que transitaba apresurada, escondida bajo paraguas, fue todo lo que vio. El frío acarició su cuerpo, aun así, a él no le importó. El vaho salía de su boca y desaparecía al instante; su traje pronto se quedó helado, pues los copos se pegaban a la ropa y en su cabello castaño la nieve comenzaba a posarse. Empezó a temblar mientras corría aquí y allá en busca de Margot, suplicando a un Dios que nunca nadie había visto y en el que él nunca creyó, pero al que en ese instante recurría.

Ya fuera por milagro o por el espíritu navideño, alguien en las alturas celestes debía haberlo escuchado, pues divisó a Margot en la acera de enfrente entrando en un taxi. Apenas un minuto, apenas unos metros la separaban de ella. Corrió hacia el automóvil como si sus pies tuvieran alas. Cruzó la carretera sin prestar

atención a los demás coches que circulaban. Cláxones, frenadas y voces de gente intentaron disuadirlo del peligro, pero ni siquiera los escuchó. Nada importaba, solo la necesidad de conquistar su meta, de alcanzar la cima. Llegó al taxi en el mismo momento en que este iniciaba la marcha y no dudó en interponerse en su camino.

La inercia de la frenada hizo que Margot y el taxista se vieran impulsados con violencia hacia adelante. La mujer enfocó la mirada hacia el exterior en busca del suicida.

—¡Bruno! —exclamó al tiempo que salía del coche—. ¿Estás loco?

El hombre se acercó a ella y la abrazó con todo el amor que sentía, ella percibió en aquel gesto un sentimiento puro y sincero, su respiración se atascó en sus pulmones.

—Margot, *mon amour*, pensé que te perdía —susurró.

—¿Por qué has hecho semejante cosa? ¡Podrían haberte atropellado!

Bruno la miró, la nevada había arreciado y en sus espesas pestañas se habían posado algunos copos.

—Te amo... —dijo de pronto, sintiendo un alivio que lo devolvió a la vida—. No te vayas, te

necesito, te quiero a mi lado para siempre —confesó de pronto.

Bruno la abrazó tan fuerte que temió romperla. Fue tal la alegría que sintió Margot que se quedó sin palabras. Había soñado muchas veces con aquel momento y no podía creer que fuera real. Entre una cortina de copos de nieve, se besaron como único lenguaje posible, sin prestar atención a los faros de los automóviles que iluminaban intermitentemente aquel amor escondido desde hacía tiempo. Luego, él la instó a subir al taxi.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella mientras se sacudía la nieve de encima.

—A mi casa, a construirnos un futuro.

Ella lloraba, esa vez, eran lágrimas de felicidad. Bruno atrapó sus labios entre los suyos y todo se esfumó, y quedó solo la necesidad de sentir, de amar y ser amado. Cuando se separaron, Margot dijo:

—El espíritu de la Navidad existe.

Él le sonrió como respuesta, con la certeza de que de verdad el espíritu navideño no solo existía en el interior de las personas, sino que también había alguien en el cielo que se encargaba de repartir regalos en aquellas fechas tan mágicas. Y allí, en el mundo de los sueños, un lugar habitado por los valientes que deciden vivir el futuro, aterrizaron Margot y Bruno para escribir su historia

de amor.

Por alguna razón París era la ciudad del amor.

Rocas molestan mi camino. Brumas cubren mis pesares. Dolor anida en mi interior. Oscuridad devora mi felicidad. Muerte es lo que grita mi mente... ¡Paz que llegas en la noche de Navidad como reflejo de un sol en llamas! ¡Paz que llegas para inundar con tu calor mi alma! Bendita sea la felicidad del amor.

Fin

Si te ha gustado

# Última Navidad en París

te recomendamos comenzar a leer

## Eres para mí

de *Sandra Heys*



## CAPÍTULO UNO

Era la primera entrevista de trabajo de su vida, por lo tanto, estar nerviosa era algo natural. Lo raro era que quien la iba a entrevistar la conocía desde los cinco años y era el padre de su mejor amiga, por lo que lo había llamado tío por casi dieciocho años.

Además, tenía claro que la entrevista era casi un trámite, ya llevaba unos seis años trabajando con sus tíos, los de verdad, en la contabilidad del taller de mecánica propiedad de la familia Soubllette. Había sido solo en los meses de vacaciones, pero conocía la empresa por dentro mejor que los mismos dueños. Y tenía ideas, muchas ideas para mejorarla.

Finalmente, sus tíos lo habían dicho: que el taller ya era demasiado grande para una contabilidad externa como la que ellos llevaban, que Soubllette e Hijos necesitaba una buena modernización de sus sistemas, mejores controles sobre sus inventarios, una estructura de costos más apropiada para los servicios del taller. Soubllette e Hijos necesitaba muchas cosas y una persona que supiera cómo hacer todas esas cosas.

Soubllette e Hijos la necesitaba.

Pero eso no quería decir que no estuviera nerviosa por su primera entrevista de trabajo.

Además, había que tener en cuenta que, si trabajaba en el taller, lo haría con muchas personas que la conocían tanto tiempo como su tío Cristian. Isabel, su mejor amiga, de partida. Su tía Catalina, la mamá de Pamela, otra de sus amigas. Y Jaqueline, la tía de Pamela.

El taller estaba lleno de recuerdos de su tío Ismael, recientemente fallecido. Tampoco era su tío verdadero, era solo uno de los más antiguos empleados del taller. Pero para ellas, el Quinteto de la Muerte, como se hacían llamar con sus amigas Isabel, Lorena, Pamela y Francisca, siempre fue un querido tío y lloraron amargamente el día que falleció.

Y, por último, estaba él.

—Adrianita, pasa —pidió Cristian Soubllette apareciendo detrás de la puerta de su oficina—, disculpa, estaba tratando un tema con un proveedor.

—No se preocupe, don Cristian —dijo Adriana muy formal—, no esperé mucho.

—¿Don Cristian? —preguntó el hombre alto, delgado, rubio y risueño—. ¿Y

de cuándo soy don Cristian? Siempre me has dicho tío.

—Desde que intento que sea mi jefe y me permita, además de la práctica, realizar acá mi proyecto de título —respondió Adriana inalterable, pero finalmente no pudo resistir la sonrisa cariñosa que el hombre le dirigía y terminó sonriendo ella también.

Se sentaron a cada lado del escritorio y Adriana dejó sobre el mueble una carpeta de color azul. Respiró profundo y trató por todos los medios de mantenerse serena y profesional, algo que le costaba mucho. Es decir, lo primero, porque lo segundo lo sería, aunque la vida se le fuera en ello.

—Bien, señorita Valenzuela.—Cristian sonrió más abiertamente—. Cuénteme su proyecto.

Adriana comenzó a hablar del pobre sistema de información administrativa que tenían en ese momento y cómo era imposible obtener rápidamente el costo de un determinado repuesto o suministro y saber si lo tenían en existencia o no, y de cómo este hecho repercutía seriamente tanto en las ventas directas como en los servicios del taller.

—Don Eugenio y la señora Fabiola, sus actuales contadores...

—Tus tíos...y estos son de verdad, no como yo...

—Están de acuerdo conmigo —siguió Adriana sin tomar en cuenta lo que decía Cristian, que evidentemente trataba de desconcentrarla como hacía siempre —en que los servicios que ellos le ofrecen dejaron de ser suficientes para su empresa, hace mucho tiempo, don Cristian.

—Tengo una sobrina postiza, se llama Adriana, igual que usted —interrumpió el hombre en apariencia serio—, pero ella es mucho más simpática, no tan seria y concentrada.

—Por eso —Adriana seguía contra viento y marea exponiendo su proyecto—, si usted acepta que yo realice mi práctica profesional y mi proyecto de título, obtendrá como resultado un sistema informático propio, que controlará...

—Bueno, eso sí, mi Adrianita es un poco controladora.

—... los aspectos contables y administrativos de la empresa, ayudando a estandarizar los precios de los servicios. Don Eugenio está de acuerdo en figurar como supervisor de mi práctica.

—Mi Adrianita no necesita un supervisor de práctica, ella sabe que todo lo que hace está bien.

—¡Tío Cristian! —exclamó Adriana, molesta por las constantes interrupciones del hombre y sus intentos de desconcentrarla—, es igual a Isabel. Siempre usa esas técnicas distractoras para ganarme en lo que sea.

—Creo, cariño, que es más apropiado decir que Isabel se parece a mí, dado que soy su padre —concluyó Cristian, feliz por haber conseguido que Adriana se saliera de su personaje de mujer profesional—. Y mi Franny no se queda atrás. Es un diablillo esta Fran, no sé de quién lo sacó.

—Eso es solamente ella. Cara de ángel y mente de criminal, siempre lo he dicho.

—Sí, Adri, tienes toda la razón. En fin, Isabel ya me había comentado alguna de tus ideas. Yo no tengo claro esto de la tecnología. ¿Harías tú los programas? Me habló de un compañero tuyo...

—Javier. Él no haría práctica acá, solo el proyecto. Yo sé computación y programación, pero no lo suficiente. Javier y Alonso, otro compañero, harían la parte de la programación. Ellos estudian Informática y ya está hablado en la universidad para que hagamos un proyecto conjunto.

—En resumen, harías acá la práctica por ocho semanas, pero el supervisor sería tu tío Eugenio. Con esos antecedentes y otros que puedas recabar, tú, Javier y Alonso construirían un sistema informático que controlaría la contabilidad, las remuneraciones, los inventarios y los costos de los servicios. ¿Cuánto me saldría todo eso?

—Tendría que comprar computadores buenos e invertir en la capacitación del personal, pero el sistema en sí mismo no tendría un costo real, aunque usted obtendría solo el usufructo, ya que la propiedad intelectual seguiría siendo nuestra.

—¿Y eso es negociable? Es decir, preferiría pagar el sistema y que fuera mío.

—La verdad es que nosotros no lo habíamos pensado. —Sin quererlo, Adriana volvió a hablar con su tono profesional. No lo notó, pero Cristian sí y sonrió disimuladamente—. Siempre creímos que conservaríamos el derecho del sistema y después lo comercializaríamos por nuestra cuenta.

—Creo que hay detalles que tendremos que conversar. De momento, estoy de acuerdo con todo y me gustaría que empezaras ya a trabajar. Catalina está un poco sobrepasada.

—Es que se hace todo a mano, don Cristian, y la señora Catalina tiene que realizar tareas repetitivas que perfectamente se podrían automatizar con ayuda de los procesadores y planillas. Es decir, por mientras, hasta que esté listo el sistema.

—¿Qué pasa a futuro? Hacen este sistema y si después cambia algo en el taller, ¿no sirve?

—Eso es lo bueno del sistema personalizado que pretendemos crear. Cuando

cambien las necesidades de la empresa, cambiamos parte del sistema y listo.

—Bien. —Cristian sonrió paternal—. Creo que está todo dicho, dejo en tus capaces manos la modernización del taller.

—Muchas gracias, no se va a arrepentir.

\*\*\*

Durante las semanas que siguieron, un largo y caluroso verano, Cristian Soubllette supo que Adriana tenía razón, aunque también estaba equivocada.

Tenía razón porque fue evidente que tener una persona más trabajando en la parte administrativa del taller reportó grandes beneficios tanto para el trabajo en sí, como para la otra trabajadora administrativa, Catalina Martínez, que bruscamente vio disminuidas sus horas de trabajo, tanto por el apoyo de Adriana en sus funciones, como por la automatización que estaba siendo llevada a cabo paulatinamente.

Estaba equivocada porque era Adrianita después de todo y tenía un carácter endemoniado. Discutía todo el día con Juan y con otros mecánicos. También tomaba decisiones que le competían a él como gerente de la empresa y las daba como cien por ciento ciertas, discutiendo incluso con él cuando osaba dar una contra orden.

La única que la toleraba era Isabel. Claro que no era que la tolerara, sino más bien que sabía cómo manejarla. Todos lo sabían, hasta Cristian, despistado como era, y trataba de recurrir siempre a su hija para solucionar cualquier conflicto con Adriana.

Considerando todo, la contratación de la muchacha había sido un acierto.

Cuando ella terminó oficialmente su práctica, siguió yendo todos los días para trabajar en el sistema. Pero también seguía ayudando a Catalina cuando ella no conseguía entenderse con el computador, contestaba el teléfono y ayudaba en lo que podía, por lo que, al término de marzo, Cristian le pagó su primer sueldo oficial.

Anteriormente le había dado algo de dinero para la movilización y la incluyó en las colaciones que daba a sus trabajadores, pero ese día la llamó a su oficina al terminar la jornada.

—Adrianita, ¿Juan te dio mi recado? —le preguntó cuando ella llegó.

—En efecto —respondió Adriana apretando los labios—, por lo que le entendí, me buscaba.

—Claro —replicó el hombre mirándola extrañado—. ¿Cómo es eso de por lo que le entendiste? Adri, ¿por qué...?

—No me habló exactamente. —Adriana interrumpió a Cristian intentando contener su enojo. Después de todo, su querido tío no tenía la culpa de que Juan fuera un idiota, el único error que cometió fue contratarlo en primer lugar, y nombrarlo jefe de taller a la muerte del tío Ismael en segundo. Claro que como la alternativa era Ricardo, que sería un espanto de jefe, o Mario, que llevaba menos de dos años en la compañía, su yo profesional la obligaba a aceptar que había sido la decisión correcta. Era su yo personal el que tenía problemas con eso.

—¿Entonces? —Cristian incentivaba su respuesta después de algunos minutos en silencio.

—Perdón, ¿qué? —Adriana se fue por otros caminos y perdió totalmente la noción de lo que le decía su tío... jefe... cliente... tío... ¡Dios, qué le pasaba!

—Que si Juan no te habló, cómo supiste que te buscaba.

—Murmuró entre dientes algo que sonó como «Cristian» y otra cosa que parecía «buscar», así que asumí que me buscaba. Estaba en la bodega, haciendo inventario.

—Voto por unir a la parlanchina de mi hija con el silencioso Juan y promediarlos, de tal manera que Juan hablara más e Isa, menos —comentó Cristian desesperado y risueño.

—Yo no tengo problemas con Isabel, es Juan el que me molesta.

—Adri, cariño, no sé por qué ustedes se llevan tan mal teniendo la misma mejor amiga, pero, por favor, trata de no ser tan... bueno, tú con él. Juan ha tenido su cuota de dificultades en la vida y es asombroso lo que ha conseguido con tan poco que recibió.

—¿Qué quiere decir con eso de no ser tan yo? —Adriana intentó no sonar tan enfadada, pero sabía que fracasaba por mucho que le costara admitirlo.

—Justamente a esto, Adri querida. Sabes que las adoro, a todo el Quinteto. A ti, Pame y Lore no las querría más si fueran mis hijas, pero tenemos que admitir que tienes muy mal genio.

—Me sé defender.

—Atacas —corrigió el hombre sonriendo dulcemente— y, a veces, sin motivo. Y aunque no te pedí que vineras para hacer una sesión aficionada de psicología, este es un tema que sí quería tratar contigo, pero vamos en orden. Esto es lo primero.

Le extendió un sobre donde estaba escrito su nombre completo. Adriana lo miró con duda. Era el mismo sobre café que usaba el banco para el pago de las

remuneraciones del taller. Como la muchacha no reaccionaba, Cristian le pasó un legajo de hojas blancas con el logo de la empresa en una esquina. Hojas que ella misma había insistido en mandar a hacer en una imprenta.

—Fabiola preparó esto para mí, en lo que ambos consideramos el último de sus servicios —le contó Cristian a la incrédula Adriana—. Tal vez el sueldo no es lo que esperabas, pero creo que es más de lo que podrías ganar en otra empresa con tu poca experiencia y sin título aún. También entiendo que este arreglo no va a ser definitivo, pero por un par de años puede funcionar para todos.

Entonces Adriana sí tomó el contrato de trabajo y el sobre con la remuneración del mes que terminaba y comprobó que su tío estaba equivocado. Era mucho más de lo que ella esperaba ganar siendo recién egresada de la universidad. Y, por cierto, mucho más de lo que otra empresa le pagaría.

—El acuerdo económico al que lleguemos por el sistema será aparte, esto es solo por tu trabajo en la contabilidad y administración del taller.

Adriana sacó un lápiz de su bolsillo y se dispuso a firmar, pero Cristian la detuvo antes que apoyara la punta sobre el papel.

—Hay un truco —sonrió culpable—, no es condicionante, pero sí agradecido. No con más ceros en tu sueldo, sino con muchos abrazos y besos de tu tío favorito.

—Dígame, entonces, tío Cristian —dijo Adriana sonriendo feliz, haciendo que sus oscuros ojos brillaran como el cielo tachonado de estrellas.

—Como sabes, después de la muerte de Ismael, nombré a Juan jefe del taller. Al comienzo él no quería porque pensaba que, con todas las ideas y planes que tenemos con Isa, incluyendo la modernización de los sistemas, lo correcto era contratar un ingeniero o alguien con más estudios.

—Técnicamente es correcto, pero...

—Pero es una posición de confianza. Es preferible... yo prefiero alguien en quien confíe y pueda prepararse, que alguien con muchos conocimientos que tenga que ganarse mi confianza. Por eso mismo, Isa, Coté y Franny estuvieron de acuerdo conmigo cuando les comenté de mi decisión.

—Por supuesto, don Cristian. Además, siendo usted el dueño, tiene todo el derecho a tomar ese tipo de decisiones.

—Me alegro de que estés de acuerdo. —Cristian sonreía, aguantando las ganas de reír ante la seriedad de Adriana, pero, sobre todo, ante sus palabras. Ya le gustaría que siempre se acordara de que el dueño del taller era él—. Entonces, querida niña, estarás también de acuerdo en que es necesario que Juan siga estudiando.

—¿Y él quiere? Porque déjeme decirle que ese hombre no tiene ni una gota de ambición.

—Lo sé. Su madre pudo buscar más, pero jamás habría encontrado un mejor nombre para él. Juan, un nombre sencillo para un hombre sencillo. Pero eso es lo que más me gusta de Juan. Su tranquilidad, su modestia. Eso fue justamente lo que lo impulsó a rechazar el ascenso en primer lugar. No creerse capacitado. A regañadientes y un poco obligado por Isa, aceptó el cargo y va a estudiar Administración de Empresas a partir de la próxima semana.

—Bien. Asumo que sus conocimientos técnicos en mecánica también requerirán un reforzamiento con el tiempo, pero es un buen punto de partida. — Ni queriendo, que no quería, Adriana podría deshacerse de su frialdad profesional para hablar de un tema que siempre le provocaba resquemores. Santo Dios, si el tema de su conversación era ese... ese... mecánico grasoso y horrible.

—Pero tengo dos problemas con los que necesito tu ayuda. Isa tiene las intenciones de ayudar a Juan, pero ella misma dice que en algunas asignaturas no va a poder, porque cuando estudió tenía que pedir tu ayuda.

—Solo en Costos, tío. Lo demás era por hacerme la pelota y mantenerme tranquila. Tendré mal genio, pero no soy idiota —concluyó la muchacha provocando una fuerte carcajada de su tío.

—Eso no importa, Adri, de todas maneras, prefiero pedirte a ti que ayudes a Juan en sus estudios. Tú eres la experta. Además, como él no está muy entusiasmado con el tema, creo que va a encontrar la forma de zafarse de ellos si es Isa la que lo obliga a estudiar.

—¿Obligarlo?

—No obligarlo, obligarlo, pero sí ser firme respecto del horario y su asistencia a clase. No quiero que tenga ninguna excusa, por lo que necesito que hagas un anexo al contrato. Verás, tanto el costo de su matrícula como el tiempo que tenga que dedicar serán compartidos, es el trato al que llegamos.

Siguieron conversando un rato más de los detalles del anexo de Juan, con Adriana tomando notas y, cómo no, discutiendo a cada rato las decisiones de Cristian. Pero finalmente llegaron a una conclusión y la muchacha fue a su oficina para redactar los documentos, más concentrada en la felicidad que le provocaba que fuera *su* oficina y que ahora pudiera hacer los cambios que deseaba en la decoración que en el último favor que le pidió su jefe.

—Y por lo que más quieras, Adri, por mí, por tu tía Coté, incluso por Aladín, ese gatito que tanto querías de niña, ten un poco más de paciencia con el pobre Juan.

«Paciencia puedo tener, pero de pobre Juan, nada», pensó Adriana al salir de la oficina.

\*\*\*

Papeles en mano, Adriana bajó al taller y caminó directamente hasta su objetivo. Respiraba profundamente, buscando ese lugar en su interior donde todo era calma, donde nada la afectaba, especialmente nada relacionado con el hombre alto, delgado y moreno que se inclinaba sobre una camioneta y reía con Mario, otro mecánico, mientras comentaban entre murmullos, por lo que estaba fuera de su alcance.

—Juan —llamó al llegar junto a los mecánicos.

—Adriana —masculló el aludido volteando apenas a mirarla.

—Necesito que firmes unos documentos.

—... ocupado —fue lo único que entendió la muchacha que le decía.

—Estamos trabajando a contrarreloj con esta camioneta, Adriana. —Mario sonrió con simpatía—. Tenemos que dejarla lista hoy y aún no descubrimos qué falla.

—Esto también es urgente y mucho más importante —alegó Adriana molesta, como siempre, por el mutismo de Juan.

—El trabajo es más importante —argumentó Juan mirándola por fin.

—No quiero tener una amigable charla contigo si es lo que crees —replicó, bruscamente, Adriana—. Yo también tengo mucho trabajo, pero esto es mi prioridad, ya que estoy siguiendo una orden directa de nuestro jefe. Si tienes algún problema, dirígete a él, de lo contrario, tienes cinco minutos para intentar parecer un humano normal y llegar a mi oficina.

Sin otra palabra, Adriana se encaminó nuevamente a las oficinas con sus tacos resonando en todo el taller, dejando a su paso caras de incredulidad por su innecesaria respuesta mordaz, aunque todos sabían que ni Juan le reclamaría ni ella pediría perdón. No estaba en la naturaleza de ninguno hacer algo distinto de lo que había ocurrido.

Al llegar a su oficina se sirvió una taza de café y lo bebió lo más rápido que pudo sin quemarse, aunque el ardor era bienvenido. Necesitaba, de alguna manera, justificar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se había jurado, cuando supo que tendría esa oportunidad, que haría todo bien, que bajaría las revoluciones, sería paciente, como le había pedido su tío Cristian,

como Isabel repetía por tantos años. Que Juan era tímido, que era extremadamente introvertido, y con su actitud agresiva no hacía sino espantarlo.

Pero es que estaba más que absolutamente harta de que él ni siquiera se dignara a mirarla. Ella muriéndose por él, y él ni le hablaba. Adriana sabía que con Lorena y con Pamela, no era tan locuaz... bueno, las saludaba, y eso era todo. Pero con Isa y con Fran no tenía ese problema. Es más, con ellas conversaba y mucho. Con Isabel incluso se sentaba a disfrutar de un café y no hablaban de trabajo. Y con Francisca... nunca lo admitiría, pero tenía auténticos problemas con su actitud con Francisca. La miraba con tanto cariño, le desordenaba el pelo, cosa que a ella parecía no molestarle a pesar de su insistencia en esos moños tan estirados que se hacía. Incluso tenían verdaderas sesiones informativas. Los había visto hablando y riendo en mitad del taller. Y aunque le doliera reconocerlo, sabía que Juan era el único hombre que no era familia, admitido en la habitación de Francisca.

Francisca siempre decía que Juan era como el hermano mayor que nunca tuvo, porque a pesar de ser toda una María tres cocos, Isabel no contaba como hermano cuando Francisca quería una opinión masculina respecto a cualquier cosa que se le ocurriera.

El peor momento en ese sentido fue ver a Juan abrazando a Francisca en el pasillo que llevaba a su dormitorio.

Había sido el martes de la semana anterior. Isabel le contó que Francisca llegó muy triste del teatro donde era bailarina y que él fue a visitarla después de terminar la jornada laboral, algo que resultaba muy sencillo, ya que la familia Soublotte vivía en la última casa de la cuadra donde estaba el taller.

Pero, en lo que ella misma clasificó como «horror de horrores», fue testigo del tierno abrazo, beso en la frente incluido, y, después, receptora de la aparente frialdad del hombre cuando pasó a su lado y murmuró algo que sonó a Ana, por lo que asumió que trataba de decir su nombre.

Probablemente la visita hubiese terminado en guerra, tal y como se sentía Adriana en esos momentos, si no fuera por los ojos rojos de Francisca y su llanto contenido.

Por supuesto, su amiga se encargó de aplacarla contándole que había ido a la embajada francesa donde le aclararon que aún no podía postular a su amada academia en París porque se había equivocado al interpretar una norma de admisión que decía que el postulante debía tener 21 años cumplidos cuando presentara la solicitud, no al momento de ingresar, por lo que aún debía esperar dos años más, no uno como ella suponía.

—Adri —dijo Francisca sin mirarla—, yo a Juan lo adoro... como si fuera mi hermano —insistió por milésima vez.

—No sé por qué, si ni siquiera es capaz de hablar como Dios manda.

—Adri...

—¿Qué vas a hacer con la academia?

—Pensé en postular a alguna universidad acá, pero no voy a renunciar tan fácilmente...

Dejó que Francisca siguiera hablando mientras ella pensaba qué cocinaría esa noche, porque a pesar de la explicación de su amiga, sabía que necesitaba el consuelo de alguna exquisita comida.

Tenía la capacidad intelectual suficiente para comprender que el problema no era Francisca o Isabel, el problema era ella. Era gritona, crítica, antipática. Tal vez a una mujer hermosa como Isabel se le perdonara tales cosas, pero a ella, que era cualquier cosa menos bonita, no.

No le gustaba, pero no había nada que hacer. Bueno, sí que había algo que hacer. Podía dejar de comer tanto y bajar de peso. Nunca sería bonita, pero al menos no sería gorda. Tal vez podría llegar a verse medianamente bien. Aprender a «sacarse partido» como decía su mamá. Pero odiaba tener que rendirse ante convenciones sociales tan denigrantes. O al menos eso pensaba ella. Estúpidas, estúpidas convenciones sociales.

Por otro lado, podía no ser tan mordaz, especialmente con Juan.

Por eso, cuando su tío Cristian le pidió que lo ayudara con los estudios, juró que sería menos agresiva. Juró que aprovecharía la primera oportunidad que tenía de estar realmente cerca del hombre que le había robado el corazón con una tímida sonrisa cuando ella tenía solo dieciséis años.

¿Y qué era lo primero que hacía? Claro, ser Adriana y bajar como una loca a gritarle. Pobre hombre, no le extrañaba nada que no quisiera verla ni en pintura.

Lo peor para ella era que no podía admitir ante nadie sus sentimientos por Juan. Con sus amigas, su Quinteto, Juan siempre era el mecánico grasoso y horrible, el idiota que no conocía la o por redonda, aquel tontón que no podía ni juntar dos sílabas, menos iba a saber hablar como corresponde con una mujer.

Por supuesto, tonta no era y tenía más que claro que todas sus amigas sabían que ese no era su verdadero sentir. Si decía esas cosas que a nadie más que a ella dañaban era por la frustración, el dolor de saber que no eran ciertas, especialmente lo de juntar dos sílabas. Lamentablemente, era ella la que le provocaba la incapacidad de comunicarse. Isabel había tratado de decírselo. Que era muy agresiva y que Juan, naturalmente tímido, se cohibía aún más.

Pero la cuestión que le preocupaba era otra. Si le interesara algo a Juan, él tendría que ser capaz de superar su timidez y al menos hablar con ella. ¿No?

Dos golpes en la puerta la sacaron de sus cavilaciones... y, a su mano, del paquete de galletas que había devorado sin notarlas. Bebió el último trago de café, cerró el cajón para esconder su pecado y se sacudió las manos y la boca.

—Adelante —pidió a quien tocaba.

—Permiso —balbuceó Juan, avanzando apenas un par de pasos.

—Por favor, pasa y toma asiento. —Tomó la carpeta que había abandonado al volver a su oficina y sacó un folio—. Lo primero, necesito que firmes esto. Es tu anexo por el ascenso a jefe de taller, con el aumento de sueldo.

—Pero...

—Es mi obligación informarte que está fechado hace seis meses. Aparentemente, mi tía Fabiola lo mandó cuando correspondía, pero nadie pensó que debía ser firmado y entregarte una copia.

—No quiero ese ascenso, no lo pedí y no lo quiero —replicó Juan en una de las frases más largas que le escuchara Adriana en la vida.

—Lástima porque ya lo tienes. —Adriana apretó las manos y los labios, cerró los ojos, respiró profundo y contó hasta diez—. Te entiendo, pero también entiendo a mi tío Cristian. Es una posición de confianza, no se puede traer a alguien ajeno al taller, y de todos los mecánicos tú eres el más capacitado. ¿A quién nombrarías tú? ¿A Ricardo Corazón de Hiena?

—Ricardo no es tan malo...

—Para ser el hijo del diablo en persona, no, no es tan malo. —Por fin, y por primera vez desde que entrara en la oficina, Juan la miró y sonrió.

—No es el hijo del diablo —corrigió Juan, ampliando un poco su sonrisa—, es el sobrino.

—¿Y eso lo molesta aún más, porque no va a heredar el reino del terror?

—Exacto.

—Ese es justamente el motivo de ser tú la persona más adecuada para este trabajo. —En ese momento, Adriana descubrió que la timidez era algo contagioso, ya que no podía ni despegar los ojos de los papeles en su escritorio.

—De acuerdo, ¿dónde firmo?

Adriana se lo indicó, le entregó una copia del anexo y archivó la otra. Tomó el segundo legajo de papeles.

—Este anexo está redactado con fecha de hoy y contiene todas las cláusulas relativas a tus estudios.

—¿Qué cláusulas? —preguntó Juan mirándola fijamente, de frente,

entrecerrando los ojos.

—Don Cristian me dio instrucciones respecto de tu horario y permanencia en el taller, además de las acomodaciones económicas que hay que tomar en cuenta.

—Habla claro, Adriana, no tengo tiempo para perder con tu palabrería rebuscada.

—¡Ni yo tengo tiempo para perder con un mecánico grasoso e ignorante! —gritó Adriana poniéndose de pie, dejando que un montón de migas de galletas que estaban en su falda se escurrieran al piso.

—Paz, por favor —pidió Juan volviendo a su actitud evasiva—, lo siento. Estoy en una posición muy incómoda acá. Primero, tuve que salir corriendo con Isa para llevar a Ismael al hospital, después, ver como se consumía en tan poco tiempo que parece imposible que un mes antes hubiésemos ido al estadio y gritado como un par de locos. A continuación, tengo que asumir sus funciones «por mientras», así dijo don Cristian, para después enterarme que ese tiempo se alargará indefinidamente. Y ahora, que tengo que estudiar... francamente, me siento extorsionado.

—Bonita palabra, extorsionado. Y bien rebuscada, además. —Definitivamente era contagioso lo que fuera que tuviera Juan, ya que ella tampoco podía mirarlo. Parecía un juego, y el primero que fijara la vista en el otro perdería.

—Fea —masculló Juan de pronto. Adriana estuvo a punto de volver a gritarle—. Bueno, la palabra es bonita, o así la considera Fran. Pero lo que implica es horrible.

—Yo lo veo de otra manera —refutó Adriana, que volvió a sentarse para evitar cualquier tentación, como estirarse a lo largo de su escritorio, agarrarlo por la pechera y golpearlo con la perforadora.

—Si puedes hacerme verlo de buena manera, te mereces el Nobel de la Paz.

—Ellos, todos los Soublotte —Adriana perdió el juego y lo miró, aunque él aún la evadía—, te consideran parte de su familia. Y si fuera así, ya habrías sacado la ingeniería, antes que Isa incluso, y ocuparías su lugar, mientras ella buscaba un trabajo en la Ferrari o alguna otra escudería de la fórmula uno.

—Isa considera la fórmula uno una pérdida de tiempo.

—Al lado del taller, cualquier cosa es una pérdida de tiempo para Isa.

—Eso es totalmente cierto. —Juan soltó un enorme suspiro de resignación—. Bien, veamos esas cláusulas.

—A partir del lunes, tu horario es de nueve de la mañana a tres de la tarde, de lunes a sábado...

—Pero las clases son a las siete de la tarde —indicó Juan, molesto—, no voy a

tener día libre. Y no voy a completar todas las horas legales.

—A partir de las tres y media tienes que subir a estudiar acá, hasta las seis, y a esa hora te vas al instituto. —Adriana siguió, ignorando su interrupción—. Considerando la modalidad de tiempo compartido para los estudios, calza totalmente el número de horas.

—¿Y qué es eso de estudiar acá? ¿Acá dónde?

—Acá, acá. —Adriana comenzó nuevamente con el juego de evadir sus miradas, ya que Juan sí la estaba mirando. Demasiado—. En la mesa que compramos ayer con Isabel y que se va a colocar en esta oficina, junto a un librero que voy a llenar para que tengas acceso a toda la literatura especializada que conservo de mis estudios.

El brusco movimiento de las manos de Juan obligó a Adriana a mirarlo. Se mesaba el pelo y se restregaba el rostro. El moreno rostro que ahora estaba más pálido que la luna llena.

—Lo siento si te molesta —Adriana siguió hablando evidentemente enojada. Lástima si él no quería pasar dos horas y media en su compañía. Su jefe, porque ahora le convenía pensar en su querido tío como jefe, lo había dispuesto así, y a ambos no les quedaba más que aceptarlo—, pero es lo que hay y es tu culpa además. Don Cristian, tu jefe para más referencia, dice que si deja que tú hagas el horario y dispongas de tus estudios como te plazca, va a ser una auténtica pérdida de tiempo y dinero. Y que si Isa se hace cargo, vas a encontrar la forma de convencerla y probablemente termines faltando a clases incluso. De todas las personas que trabajamos en esta empresa, yo soy la única que no va a tolerar tus tonterías y que cuenta con la formación para ayudarte con los estudios. Si te molesta, te aguantas, porque no es y jamás será la molestia que me provocas a mí. Segundo punto. El taller va a cancelar la totalidad de tu matrícula anual y descontará en doce cuotas aproximadamente el 40% de la misma...

—¡Eso sí que no!

—La cantidad exacta se determinará una vez que pueda liquidar el aporte del Estado a la capacitación de los trabajadores. El saldo resultante se dividirá en dos partes exactas, pagada una por la empresa y la otra por ti.

—¡No, no y no! —gritó Juan golpeando la mesa.

—Respecto de tu jornada libre, lamentablemente no podrá ser otra que el sábado en la tarde, aunque don Cristian confía en que puedas asignar algunas horas a tus estudios.

—¿Es que no me escuchas? Dije que no.

—Como nunca te dignas a hablar conmigo, no pienso escucharte ahora. Firma,

dame mi copia y retírate de mi oficina —replicó Adriana pasándole los papeles—. Mañana tráeme la documentación del instituto para disponer del pago.

—¿Pero es que tú eres sorda? ¡Te dije que no! —exclamó Juan golpeando el escritorio de Adriana e inclinándose peligrosamente sobre ella.

Pero Adriana, ni tímida ni tranquila, se puso de pie, dio gracias porque sus tacos acertaban en mucho los casi veinte centímetros que Juan le sacaba y le plantó la cara.

—¡Jamás me digas sorda ni nada que se le parezca! —gritó—. Firma los papeles y haz lo que te digo. Si tienes algún problema, presenta tu queja por escrito y se analizará... si es que sabes escribir. Y de una vez, ándate de mi oficina.

—¿Es esto, acaso, una dictadura? —preguntó Juan entre dientes.

—¡Por supuesto!

Juan la miró por un tiempo demasiado largo. Adriana casi pierde el segundo juego del día, aquel que consistía en mirarse fijamente. Al final, fue él quien se movió, tomó un lápiz, firmó y caminó hasta la puerta.

—Permiso para retirarme, mi general —dijo cuadrando los hombros. Llevó una mano a su frente para imitar un saludo militar.

Adriana no le contestó, se limitó a sentarse y concentrar su mirada en el computador, aunque no entendía nada de lo que decía y ciertamente escribía puras tonteras mientras digitaba a toda velocidad, hasta que escuchó la puerta cerrándose suavemente.

Se inclinó en su silla, llevó las manos a los ojos y suspiró.

Iban a ser dos años muy, muy largos.

# Índice

Última Navidad en París

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Encarna Magín

Créditos

**Navidad... la época más mágica del año  
donde todos los milagros son posibles.  
París... la ciudad del amor.  
¿Qué puede fallar?  
Quizá todo, si el dolor se ha hecho fuerte en el  
corazón.**



Bruno Durand era el tipo de hombre al que no le importaba darlo todo cuando amaba. Y así fue con su mujer, pero esa historia se rompió tan pronto ella se cansó del matrimonio y se enamoró de otro. Bruno quedó destrozado y nunca lo superó; transformó su rabia en arte y, en poco tiempo, se convirtió en un aclamado pintor. Utilizaba su creatividad para espantar los fantasmas del pasado, a los que daba forma en sus lienzos blancos.

Un buen artista necesita un lugar elegante y con clase donde exponer sus cuadros. Margot Buisson es la propietaria de Galerie Topaze, una galería de arte en pleno centro de París; y a la que siempre el pintor recurría para inaugurar sus nuevos trabajos. Margot y Bruno eran algo más que amigos, ningún compromiso o promesa los unía; solo la necesidad de pasar una noche en buena compañía les bastaba. Sin embargo, Margot no tarda en enamorarse y desea avanzar en la relación.

Bruno no está curado de sus heridas y no puede darle más, pues le espanta la idea. Margot sabe que, si se queda en París, corre el peligro de morir lentamente por un amor que jamás será correspondido. De modo que, en cuanto acabe la Navidad, se marchará de la ciudad para empezar en otro lugar. «A veces hay que probar la amargura de un fruto para apreciar la dulzura de otro».

**Encarna Magín** nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Edición en formato digital: diciembre de 2017

© 2017, Encarna Magín

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-974-4

Composición digital: Mandala Estudio

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |